



FLORES DE OTOÑO

ÓLEO DE ALONSO.

PLV
VLTTRA



Plus Ultra

AÑO II.

BUENOS AIRES, ABRIL 1917.

NÚM. 12.



LA TEMPORADA DE CAZA

DIBUJO DE ALONSO.



Desde hace mucho tiempo venimos predicando en la República Argentina la cría del cerdo. «¡Criad cerdos! No hay más

provechosa manera de vender el maíz, que convertido en chanco». Pero hubo muchos que no quisieron dedicarse a la cría del cerdo. ¿Por qué? —se me preguntará. —¡Eso es lo que yo mismo me pregunto!

Pero ahora vamos a intensificar la propaganda de la cría del cerdo. Ya que no hemos querido acompañar a los Estados Unidos en su protesta por la campaña submarina, acompañémosle siquiera en la cría del cerdo. Con tanta más razón, cuanto que la cría del cerdo está relacionada con el problema de las exportaciones.

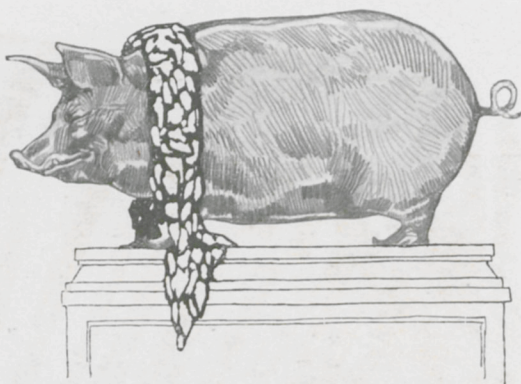
Educar a nuestra juventud en la cría del cerdo sería el medio más seguro y el camino más corto para conseguir el objeto que tesoneramente perseguimos. Los Estados Unidos, al mismo tiempo que son el primer país productor de cerdos, nos dan el modelo de las instituciones donde la juventud argentina se eduque en esa generosa rama de la industria ganadera. Existen en la gran república del Norte los llamados Pig Clubs (pig, cerdo), asociaciones de muchachos criadores de cerdos. Instituir Cerdo Clubs entre nosotros, he ahí lo que propone el director de una escuela agronómica. He ahí, también, lo más sensato.

Comprendo que se presenten objeciones al proyecto, aun por las personas cuyo plato favorito es la carne de cerdo. Unos se preguntarán si el diario contacto con el ganado porcino será el más conveniente a la educación de los sentimientos y a la elevación de las ideas de la juventud argentina, y a la morigeración de sus instintos. A otros les suscitará las mismas dudas el propio ambiente de los Cerdo Clubs. Además, es cierto que todo joven aficionado o profesional de la cría de cerdos, deberá impregnarse de principios que traen cierta inquietud a los profanos, como aquel, tan categórico, que dice: «¡Máximo de carne en mínimo de tiempo!»

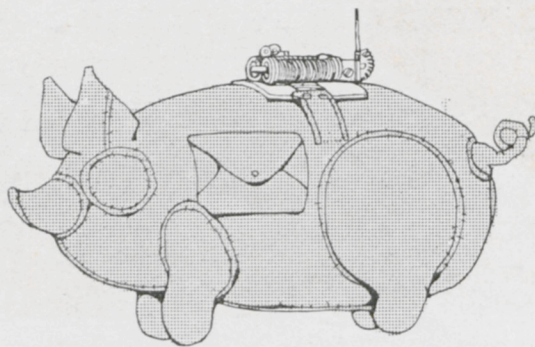
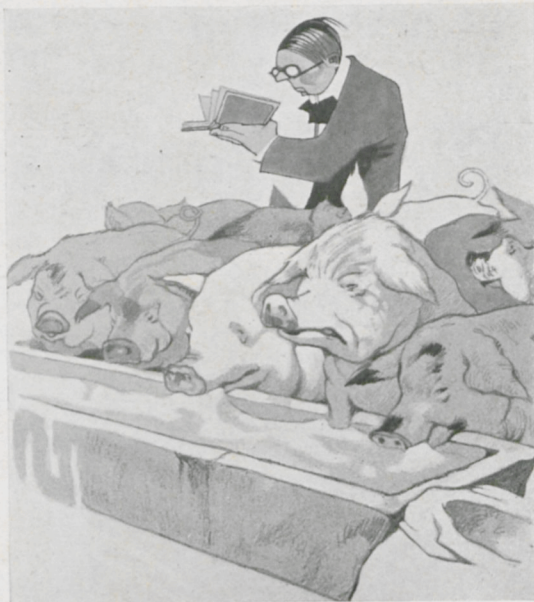
Hay, sí, en la cría del cerdo, aspectos que, detenidamente examinados, pueden no ser los que más contribuyan a reconciliarnos con ella. La dura consigna de conseguir el máximo de carne porcina en el mínimo de tiempo posible, presidiendo los pensamientos de la juventud criadora de cerdos, convertida en su obsesión durante la vigilia y en su pesadilla durante el sueño, en la meta de sus aspiraciones, en la medida de su éxito, de su fracaso, de su mérito, en la cifra de su orgullo, en su ideal de toda la vida, puede inquietar a muchos padres de familia, y sobre todo, a los espíritus refinadamente latinos.

Pero el camino que los Cerdo Clubs han hecho en los Estados Unidos, habla por sí mismo en favor de esas instituciones, que sólo por la virtud de sus beneficios sociales pueden haber triunfado de los inconvenientes anejos a su nombre. Por otro lado, pueden darnos seguridad tantas autorizadas opiniones favorables y tantas adhesiones como en nuestro país respondieron de inmediato a la iniciativa. Los frigoríficos y un grupo de diputados nacionales, «interesados en estimular estos loables esfuerzos», como dice un órgano simpatizante, pondrán a la disposición de los iniciadores sumas de dinero para premiar los records del máximo de carne en el mínimo de tiempo. Y el mismo órgano dice: «Por medio de esos clubs, miles de adolescentes adheridos a ellos realizarán una obra de sano patriotismo.»

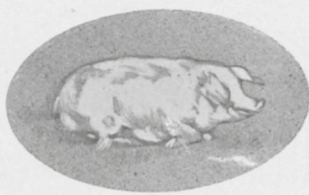
No creo que comprensibles, pero no por eso necesariamente fundadas objeciones, ni aun la desidia de la raza y su espíritu de rutina, logren hacer fracasar nuestros loables esfuerzos en esa bien llamada obra de sano patriotismo. No creo que lo consigan, ahora que hemos dado en la tecla — como suele decirse — del medio más seguro y del camino más corto para hacer carne una antigua idea, que yo oso comparar a muchas otras. La educación de la adolescencia en la cría del cerdo no puede dar aquí resultados inferiores a los que dió en ese joven y vigoroso organismo que se llama los Estados Unidos de América, don-



Sobre cría y exportación de cierto paquidermo



de la nobilísima y eficaz industria porcina produce, ha producido y producirá las más pingües ganancias y los más felices resultados morales y materiales.



Todos los argentinos sabemos cuál es la manera más provechosa de vender el maíz, y yo he tenido el honor de recordarla al principio. Y siendo el nuestro uno de los países grandes productores de maíz, ¿cómo se explica esa ausencia de grandes pjaras de chancos en las vastas campañas argentinas? ¡La desidia de la raza, mis queridos amigos! Antes que decidirnos a criar cerdos, preferimos comer el maíz nosotros mismos, y es así como se nos ve hartarnos de choclos, de loco, de mazamorra, de polenta.

La cría del cerdo nos está aconsejada en todo momento, y a su favor adquirirían desarrollo otras industrias. Pero en la actualidad, además, puede ser ella lo que resuelva el problema de las exportaciones. Ya se sabe en qué términos des-

esperados vino la campaña submarina a plantearnos este problema. No hace una semana que le oí decir a un agente naviero: «¡En el puerto no se mueve una mosca!» Pero el cerdo es un producto, quizá el único, susceptible de atra-

vesar el Atlántico con el mínimo riesgo de ser perseguido por los submarinos alemanes. Por eso decía yo hace un momento: «Ya que no hemos querido acompañar a los Estados Unidos en su protesta por la campaña submarina, acompañémosles siquiera en la cría del cerdo.»

Claro está que es una idea nueva, pero si algún hombre emprendedor del puerto de Posadas, en el lejano territorio de Misiones, arroja a las aguas del caudaloso Paraná un cerdo salado, envuelto en una tela embreada, ese cerdo bajaría por el río hasta que encallase en algún punto de la costa. Quizá viniere hasta el Plata, y quizá encallase en San Fernando o la Colonia. Quizá saliese al Atlántico. En este último caso, ¿dónde iría a encallar el flotante paquidermo? Sólo se podría responder a esto, mediante un detenido estudio de las corrientes marinas, pero no

hay duda que encallaría en algún punto, y en tonces, quien descubriese la encomienda, encontraría, ¡oh, sorpresa!, dentro del saco de tela embreada, un hermosísimo cerdo salado.

Si los norteamericanos arrojasen en el Golf Stream un cerdo así acondicionado, ese cerdo llegaría muy probablemente a Francia o las Islas Británicas, por donde, según dicen, pasa también la corriente del golfo. Bien estudiadas, en fin, las corrientes marinas, puede saberse cuál es el punto A de la costa o del Océano, desde donde las corrientes llevasen hasta el punto B un cerdo salado, envuelto para su protección en una tela embreada.

Uno de los inventos inminentes es el de un aparato que por medio de las ondas hertzianas permita gobernar, desde distancia, cualquier género de nave, sin excepción de una jangada de cerdos dotada de aparatos en correspondencia con estaciones exportadoras e importadoras. Si tuviésemos ese invento, nadie vacilaría en confiar a los mares grandes jangadas porcinas que, fácilmente dirigidas, llegarían con toda felicidad a los respectivos puntos de destino. Pero entretanto se pueden aprovechar las ventajas naturales del Océano, las corrientes marinas, contándose la economía del flete en compensación de las reses averiadas, cuyos riesgos disminuiríamos mucho acondicionán-

perdidas o torpedeadas, cuyos riesgos disminuiríamos mucho acondicionán-

dolas en toneles. Dentro de cada encomienda podría ir un sobre impermeable con la documentación respectiva. Por último, cabe suponer, considerando lo especial de las circunstancias, que los gobiernos europeos prestarían protección, por

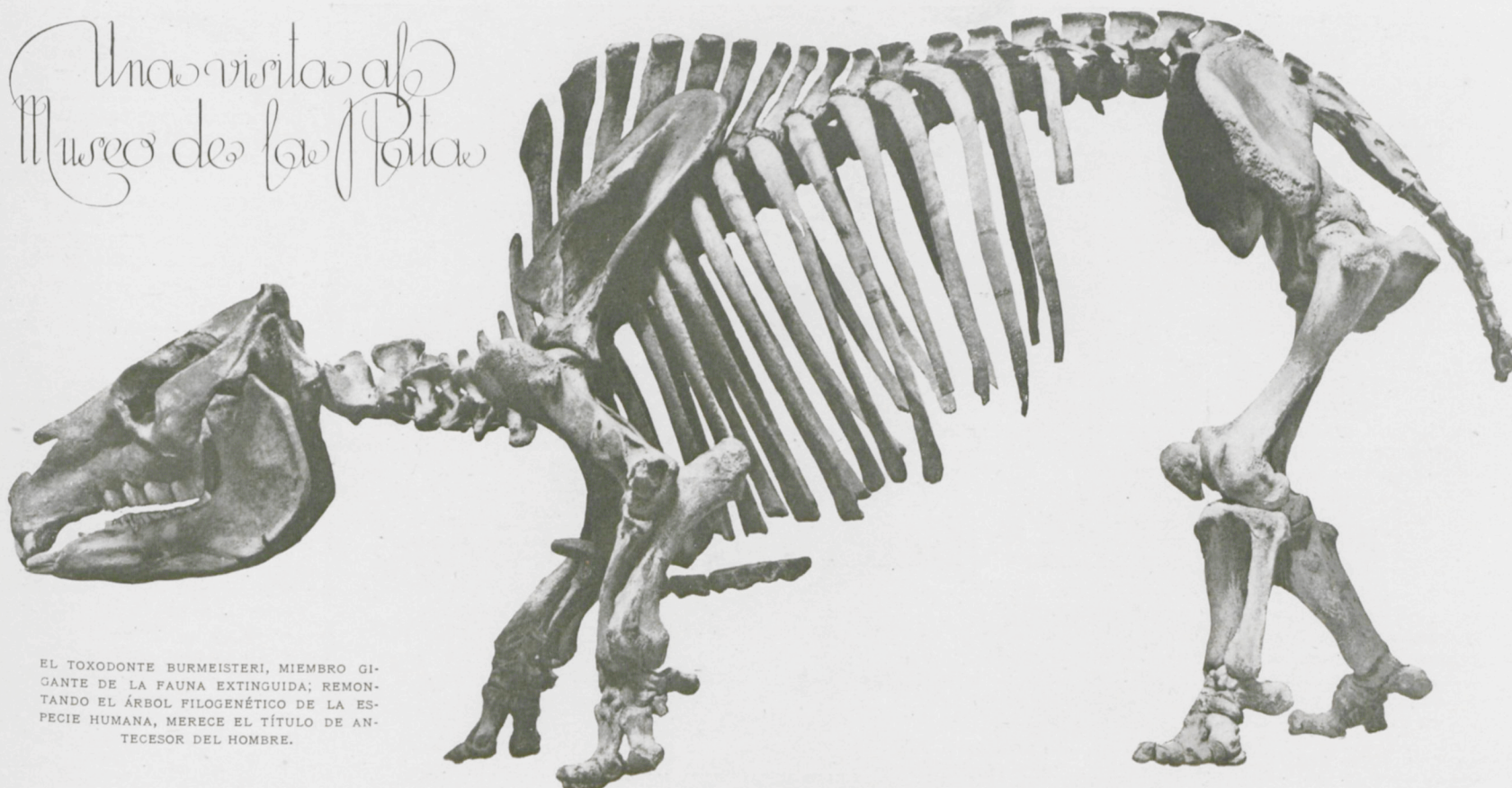
medio de guardacostas y policías, a los cerdos salados que llevasen las corrientes y arrojasen las mareas y las tempestades sobre las playas del litoral. Creo, también, que consentirían en constituirse en sus consignatarios, nacionalizando las importaciones.

De ese modo se conseguiría fomentar la cría del cerdo en la Argentina.

ENRIQUE M. RUAS.
DIBUJOS DE RIAMBAU.



Una visita al Museo de La Plata



EL TOXODONTE BURMEISTERI, MIEMBRO GIGANTE DE LA FAUNA EXTINGUIDA; REMONTANDO EL ÁRBOL FILOGENÉTICO DE LA ESPECIE HUMANA, MERECE EL TÍTULO DE ANTECEDENTE DEL HOMBRE.

En su residencia de Buenos Aires, visitamos al doctor Lafone Quevedo, con el fin de pedirle autorización para realizar una visita periodística al Museo de Ciencias Naturales. Cuando se hubo enterado de nuestro propósito, nos dijo con afable espontaneidad:

— Me parece muy acertada la idea de publicar notas gráficas del museo; es más, creo que han tenido una feliz iniciativa, pues siempre resulta meritorio contribuir a la difusión de todo lo que sea un exponente de la cultura científica del país.

Halagados por estas palabras del ilustre director, hemos ido a La Plata a realizar nuestro propósito.

El Museo Nacional de Ciencias Naturales se halla situado en el parque de la ciudad, entre las frondosas arboledas de los jardines; sus líneas generales recuerdan en algo la arquitectura de aquellos maravillosos templos que los griegos levantaron un día, para divinizar su religioso panteísmo, encerrado en los más puros cánones de la belleza y del arte. Una espaciosa senda conduce hasta la escalinata central. Nosotros subimos por ella. Junto a las columnas de la entrada, un viejo guardián nos interroga. Enterado del motivo de nuestra visita, dice que tiene orden de hacernos pasar al despacho del vicedirector. En efecto: guiados por él, pasamos al vestíbulo, cuya parte alta está decorada con vitreaux del pintor dinamarqués Jorgensen; en el centro, se muestra al visitante el enorme cráneo de la ballena de Miramar. Ante esta cabeza de fantásticas dimensiones, pensamos en la pequeñez insignificante del hombre, comparado con esos gigantes cetáceos que habitan el fondo de los mares.

Después de cruzar varias salas materialmente llenas de momias, calaveras humanas y esqueletos de todas las especies, bajamos a los sótanos del museo por una escalerilla angular. Ante nosotros, se abre un estrecho corredor con puertas laterales. El guardián nos conduce por esta especie de catacumba. Atravesamos varias

pequeñas piezas algo desmanteladas. Un fuerte olor a ácidos enrarece el ambiente. Al fin entramos en una habitación de regulares dimensiones, decorada con muebles sencillos; en la estantería que cubre parte de la pared, hay minerales y botes de cristal con líquidos de todos colores. En uno de los ángulos, sobre una gran batea de cemento, se ven hornillos, tarteras, redomas de vidrio y otros objetos de uso corriente en los análisis de química.

Sentado en su mesa de trabajo, está el doctor Herrero Ducloux, vicedirector del museo. Al vernos entrar se levanta y nos saluda cortés. Es de mediana estatura. Su indumentaria, un poco descuidada en la forma, descubre al hombre que vive dedicado al estudio. Nosotros le damos a conocer nuestro deseo.

— El director, — nos dice, — me encargó que yo los atendiera. Agradecemos sus palabras, y al mismo tiempo le interesamos para que nos acompañe en la visita, y nos haga observar las cosas más interesantes que se conservan en las colecciones.

Con verdadero sentido de profesor modelo, nos explica detalladamente todo cuanto existe allí de curioso.

— El Museo de La Plata, — comenta, mientras desandamos el camino, — es, en Sud América, la primera institución de su clase. En el ambiente nacional, donde sólo se ha dado importancia a los asuntos comerciales, la implantación del museo no pudo por menos de ser el resultado de una lucha sin tregua durante muchos años.

El gobierno de la Provincia de Buenos Aires lo fundó en 1884, sobre la base del museo antropológico, que se constituyó con las colecciones del doctor Francisco P. Moreno. Desde entonces, ha recorrido las distintas fases de un desarrollo excepcionalmente rápido. La institución ha llenado hasta hoy buena parte de su vasto programa; ha formado una biblioteca que guarda ejemplares de indiscutible valor científico; ha iniciado y favorecido expediciones a lugares inexplorados, teniendo por consecuencia, el



SALA DONDE SE HALLAN COLOCADOS LOS MAMÍFEROS EN ORDEN DESCENDENTE, PARTIENDO DEL HOMBRE.

acumular materiales únicos en su género, que dan un valor incalculable a las secciones de antropología y paleontología; ha dado a conocer la labor de muchos intelectuales argentinos en publicaciones costeadas por la institución, que colocan a la República en un lugar honroso ante el mundo de la ciencia; y por último, ha contribuido a la instrucción del pueblo, que acude anualmente en número considerable, hallando en este templo de la cultura, una enseñanza que fortalece y dignifica.

Cuando llegamos a las inmensas galerías que ocupan toda la parte principal del edificio, nuestra vista se sorprende ante el cúmulo de imágenes, de despojos, de seres inanimados, que en épocas remotas vivieron bajo todos los climas y en todas las latitudes del planeta.

La materia inerte abre su encanto a la contemplación de nuestro espíritu. Alineados en especies se descubren a los ojos del visitante los más extraños productos engendrados por la naturaleza. Las aves, encerradas en sus vitrinas, lucen en posturas extáticas sus plumajes multicolores; las ra-



ESQUELETO DE IGUANODÓN, ENCONTRADO EN LA CUENCA CARBÓNIFERA DE BERNISART (BÉLGICA).

donde se conservan los peces y moluscos. Sobre nuestra cabeza, suspendido de la claraboya, abre sus tentáculos un pulpo de dimensiones monstruosas, que nos hace recordar las fantásticas descripciones de Verne. Colocados en orden simétrico, se ven peces de formas pavorosas, negros y azules, con sus membranas dispuestas de manera que parecen estar viviendo aún en los inmensos dominios de las aguas.

En las vitrinas de los moluscos se descubren los aliotis de nácar, los sifonóforos, las madreporas, los astreos filigranados, los strombus rosáceos, los dentrofilios, los tridacmas, los spondilus, verdaderos copos de espuma, y los murex, entreabiertos como flores petrificadas. Materia inerte cuya belleza rara vez puede admirar el hombre, y que la ola deshace sin piedad y reconstruye caprichosamente en la renovación interminable de los siglos.

En la sala de los reptiles, se ven serpientes venenosas del trópico; saurios de poderosas mandíbulas cuyo aspecto temible trae a la memoria horribles leyendas del Paraná y del Nilo sagrado; ví-



SALA DE MINERALOGÍA Y PETROGRAFÍA. EN EL CENTRO SE VE LA VITRINA DE LOS METEOLITOS QUE, A PESAR DE SU PEQUEÑO ESPACIO, REPRESENTA UNA INCALCULABLE RIQUEZA.

paces, de esternón de escudo y picos poderosos y ganchudos, parece que estuvieran acechando presas imaginarias con sus órbitas frías y crueles; las trepadoras, de largos y desmesurados picos, que pueblan en legiones inmensas las selvas tropicales; las aves marinas, que se remontan sobre las olas de los grandes océanos, descubriendo a los navegantes perdidos la proximidad de las costas; toda esa variedad de seres que cuelgan sus nidos en los árboles de las campiñas, sobre las rocas del mar y en las más escarpadas cumbres de las montañas.

Pronto nos encontramos en la sala

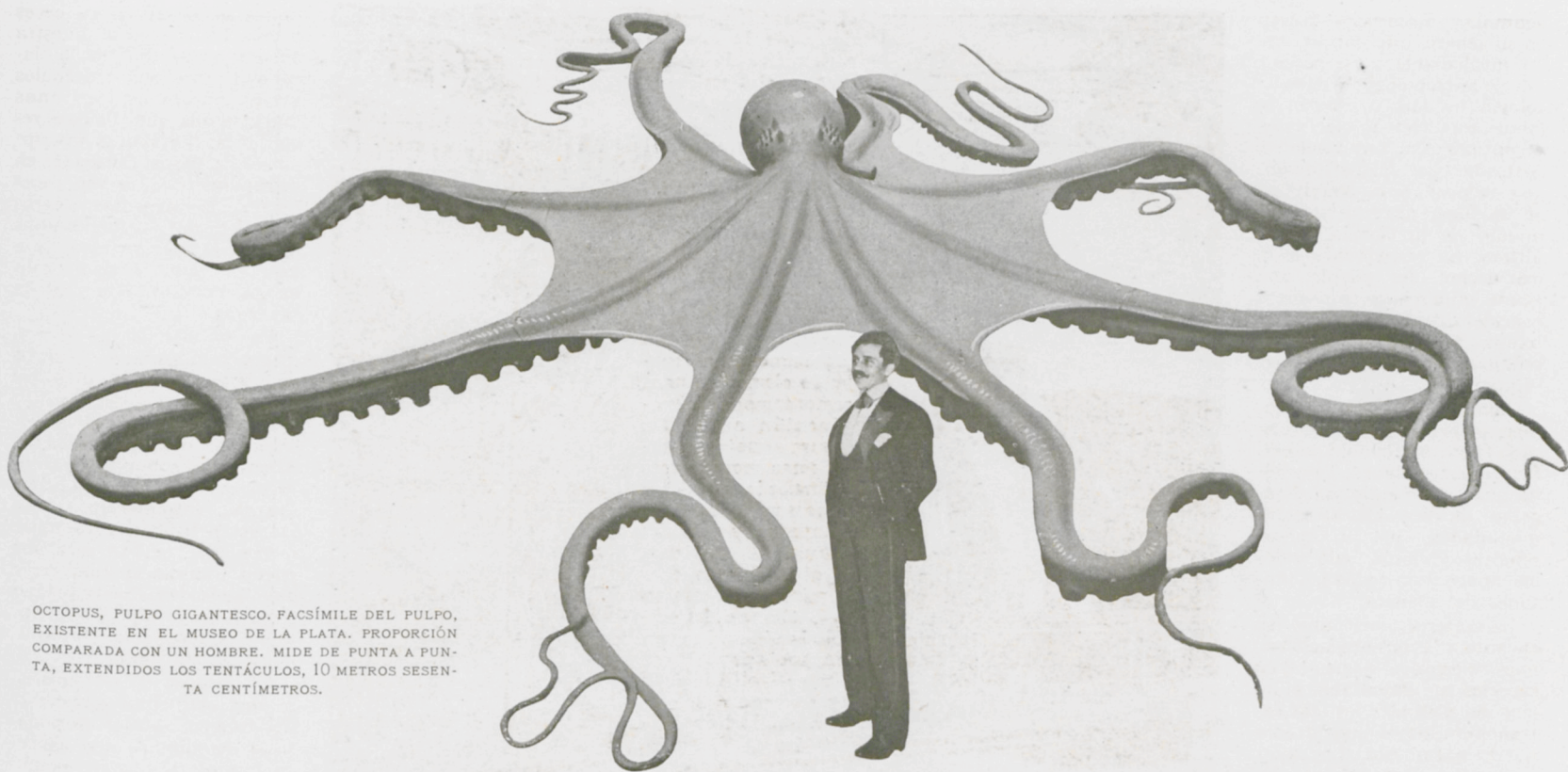


ÍDOLOS DE LA REGIÓN CALCHAQÚÍ, ENCONTRADOS EN LA ÚLTIMA EXPLORACIÓN VERIFICADA EN 1916.

boras enroscadas, con su piel escamosa y su cabeza en forma de corazón, y quelonios de coraza que semejan armaduras de los guerreros medievales.

Con la imaginación excitada por el sorprendente conjunto de tan extraños animales, pasamos a la sección de antropología, donde adivinamos la bestial figura del hombre de Neanderthal, posible antecesor de la especie humana. En los armarios, yacen en horrible conjunto de pesadilla, cientos y cientos de calaveras pertenecientes a todas las razas conocidas. Dos momias indias, en posición violenta, dejan ver

LV12A



la carroña de la muerte, metidas en urnas de cristal.

Indicamos al doctor Ducloux nuestro deseo de alejarnos de este salón, donde experimentamos las más extrañas y contradictorias emociones.

— El culto exagerado de nuestra raza, por todo lo superfluo y ficticio de la vida moderna, — dice nuestro cicerone mientras salimos, — nos aleja cada vez más de la naturaleza que nos mantiene y vivifica. Aunque se desplomen creencias y prejuicios, es necesario que se haga carne de nuestra carne, la idea de que no somos grupo aislado, y de que formamos un eslabón en la cadena de las cosas y de los seres. Conjunto de corpúsculos sujetos a leyes inmutables y eternas, somos los más perfectos, los más elevados, los más alejados del común origen. Ahora bien: no hay en nosotros función alguna, que no sea, en último análisis, un fenómeno físico o químico. No hay rasgo que no se halle imperfecto o rudimentario, en la piedra, el animal o la planta; en todo vive: en el cristal de yeso que se modela en un medio semifluido; en el alga microscópica, que constituye lentamente su esqueleto de encaje; en la dicotiledónea que levanta hasta las nubes el esplendor de su follaje; en el insecto de élitros de oro, y en el mamífero, compañero del hombre. El cristal se dilata y contrae bajo la acción del calor, y así sufre, siente los cambios de temperatura, quién sabe si con placer o dolor; la diatomea, engendra su semejante, como la gigantesca sequoia; así se reproducen perpetuando la especie. El insecto goza de la luz, se embriaga de sol, perfora su vivien-

da en los viejos troncos, persigue su presa entre las hojas o a través del aire azul; y en fin, el perro, humilde servidor del hombre, piensa con su cerebro imperfecto cuando aulla en las sombras, y aun más, se estremece bajo el influjo de horrible pesadilla cuando duerme, descubriendo bajo su envoltura de bestia el alma imperfecta que lo rige; ya sabemos que el ensueño eleva, haciendo de la bestia un hombre, y del hombre un espíritu.

Las palabras del doctor Ducloux, van entrando en nuestro cerebro con pasmosa claridad, haciéndonos ver el perfecto orden con que la pródiga naturaleza liga los destinos de los seres creados.

Pasamos a la ligera por los salones de minera-

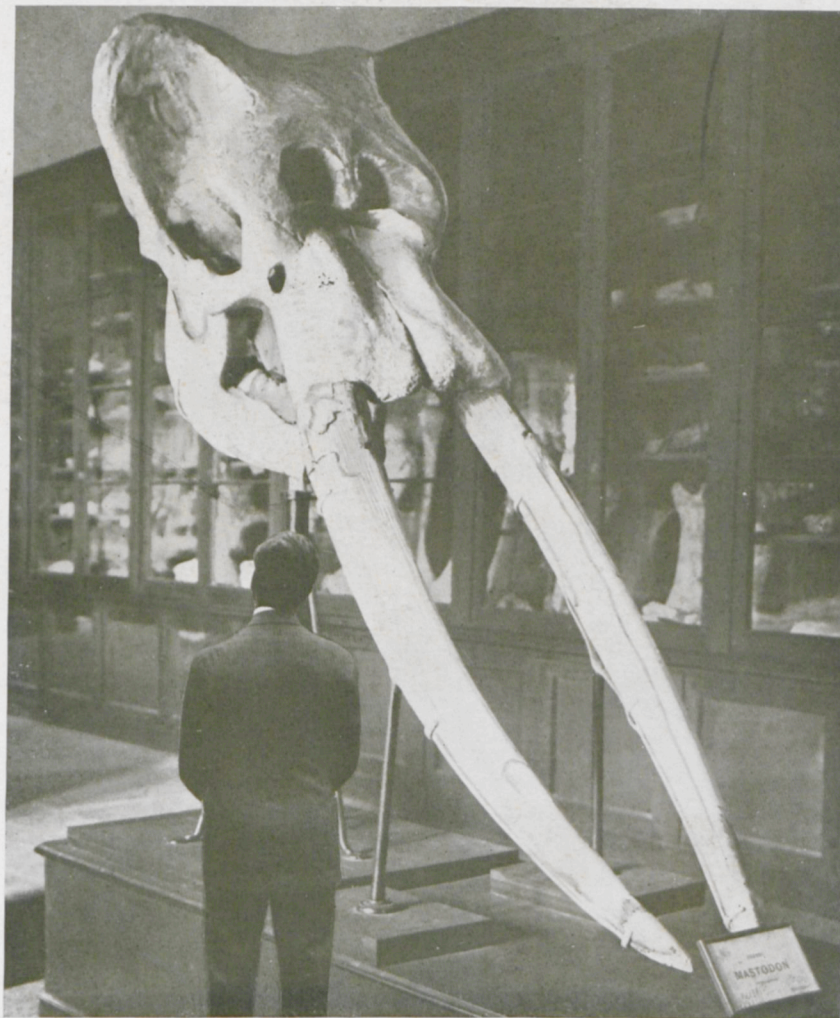
logía y arqueología. En ellos se conservan ricas colecciones de minerales rarísimos arrancados por la mano del hombre a las mismas entrañas de la tierra. En la estantería de las paredes se descubren antiguos ejemplares de cerámica india, armas precolombianas, objetos de barro pertenecientes a las tribus salvajes de América, y gran número de ídolos calchaquies, encontrados en las últimas exploraciones científicas.

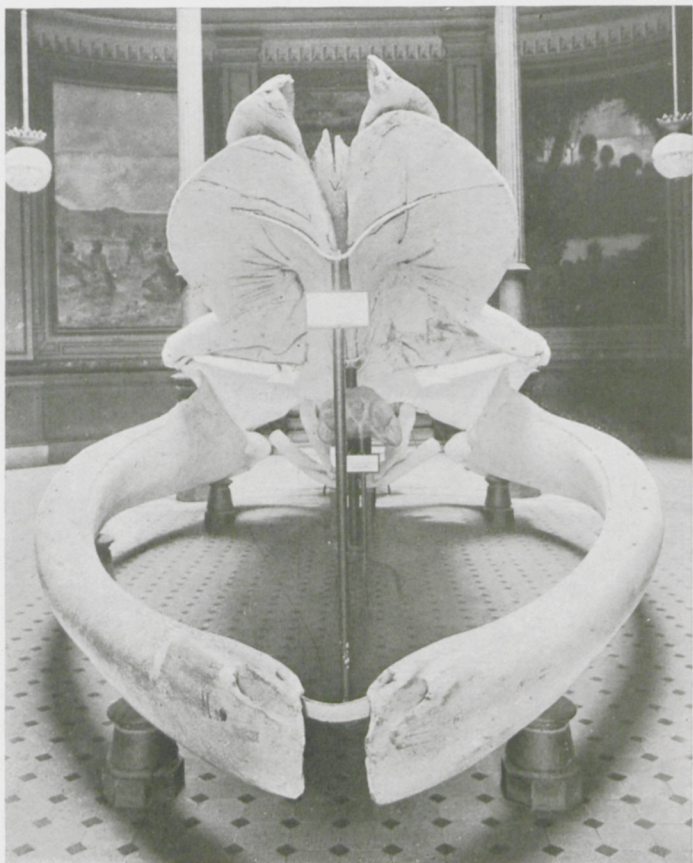
En la sección de zoología, nuestros ojos no se cansan de admirar los esqueletos calcinados de los paquidermos, de los cetáceos, de los feroces carnívoros; al lado del *Macrauchenia*, antecesor del caballo, muestra su blanca silueta el megaterio cuya contextura, algo parecida a la del hombre, hizo creer a nuestros abuelos en la existencia de los gigantes antediluvianos.

En otro lugar de la misma sección, se ven los leones de Arabia y de la India, tigres de Bengala, osos polares en actitud de ataque, panteras feroces, monos antropomorfos, fieras de todas las regiones del mundo.

En la sala de paleontología, miramos con asombro el enorme esqueleto del Diplodocus, regalado al museo por el multimillonario yanqui Carnegie. Este animal es de una desproporción enorme, pudiéndose observar la pequeñez de su cabeza en relación con el resto de la figura. Además, se particulariza por ser uno de los mayores vegetarianos que han existido.

Nuestro acompañante nos dice, que para armar este esqueleto, que mide treinta y dos metros de largo, vino expresamente el doctor Holland, director de museo de Pisburg.





CRÁNEO DE LA BALLENA MIRAMARIS. SU ESQUELETO, QUE NO PUEDE ARMARSE POR FALTA DE LOCAL APROPIADO, MEDIRÍA DE 36 A 38 METROS.

el Iguanodón, procedente de la cuenca carbonífera de Bernisart, y el Pareiosaurio, que conserva el aspecto horripilante en que la muerte tal vez lo sorprendiera.

El autor, que en un tiempo tuvo ocasión de visitar ciertos lugares de Africa; que vió la tierra tropical del Brasil, y que vivió junto a las impenetrables selvas del Chaco, ha ido mentalmente acumulando elementos para remontarse con la imaginación a aquellas épocas remotas, cuando estos monstruosos animales lanzaban sus feroces rugidos por las montañas y por las llanuras de la tierra. Y al querer sondear el misterio de ese lejano tiempo, ha sentido la visión de nuestra propia pequeñez. Y por asociación de ideas, ha pensado en esta humanidad de hoy, que ha de desaparecer algún día, dejando apenas, como los grandes pueblos de la antigüedad, un recuerdo de átomos perdidos en la marcha interminable de los siglos.



HUESOS DE REPTILES DE LA FORMACIÓN PATAGÓNICA. PUEDEN CALCULARSE COMO PERTENECIENTES A UN ANIMAL TRES VECES MAYOR QUE EL ESQUELETO DEL IGUANODÓN (UNOS 45 METROS).



DIPLODOCUS CARNEGIE, REGALADO POR EL CÉLEBRE MILLONARIO PARA ENRIQUECER

LAS COLECCIONES DEL MUSEO. MIDE UNOS TREINTA Y DOS METROS DE LONGITUD.

En estas salas, llenas de esqueléticas armaduras, se ve toda la fauna desaparecida bajo los espesos aluviones de la Patagonia y de la Pampa.

Junto a los Mastodontes, con sus pseudocolmillos oblicuos, aparece la cabeza asimétrica del Sausurex, encontrado en Norte América.

Más lejos descansan los Gliptodontes, desdentados fósiles de la formación pampeana. Guardando una actitud de ataque, aparecen a nuestra vista los Toxodontes corpulentos; el Mylodon; el gran Dinoterio europeo de defensas curvas, que Cuvier llamaba tapir gigantesco, y que quizás vivió en los mares de la era terciaria,



OBJETOS DE ALFARERÍA CALCHAQUI.—PROVINCIA DE CATAMARCA.

Cuando salimos del museo, los últimos resplandores de la tarde se iban apagando sobre las arboledas de los jardines. El autor caminaba perplejo, pensando en las dificultades que había de tener para describir las impresiones de tan interesante visita.

El encargado de sacar las notas gráficas que ilustran esta crónica, adivinando nuestra preocupación nos dijo, mientras nos acercábamos a la ciudad: Por esta vez las fotografías ilustrarán más que las palabras.

Y ha resultado así.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



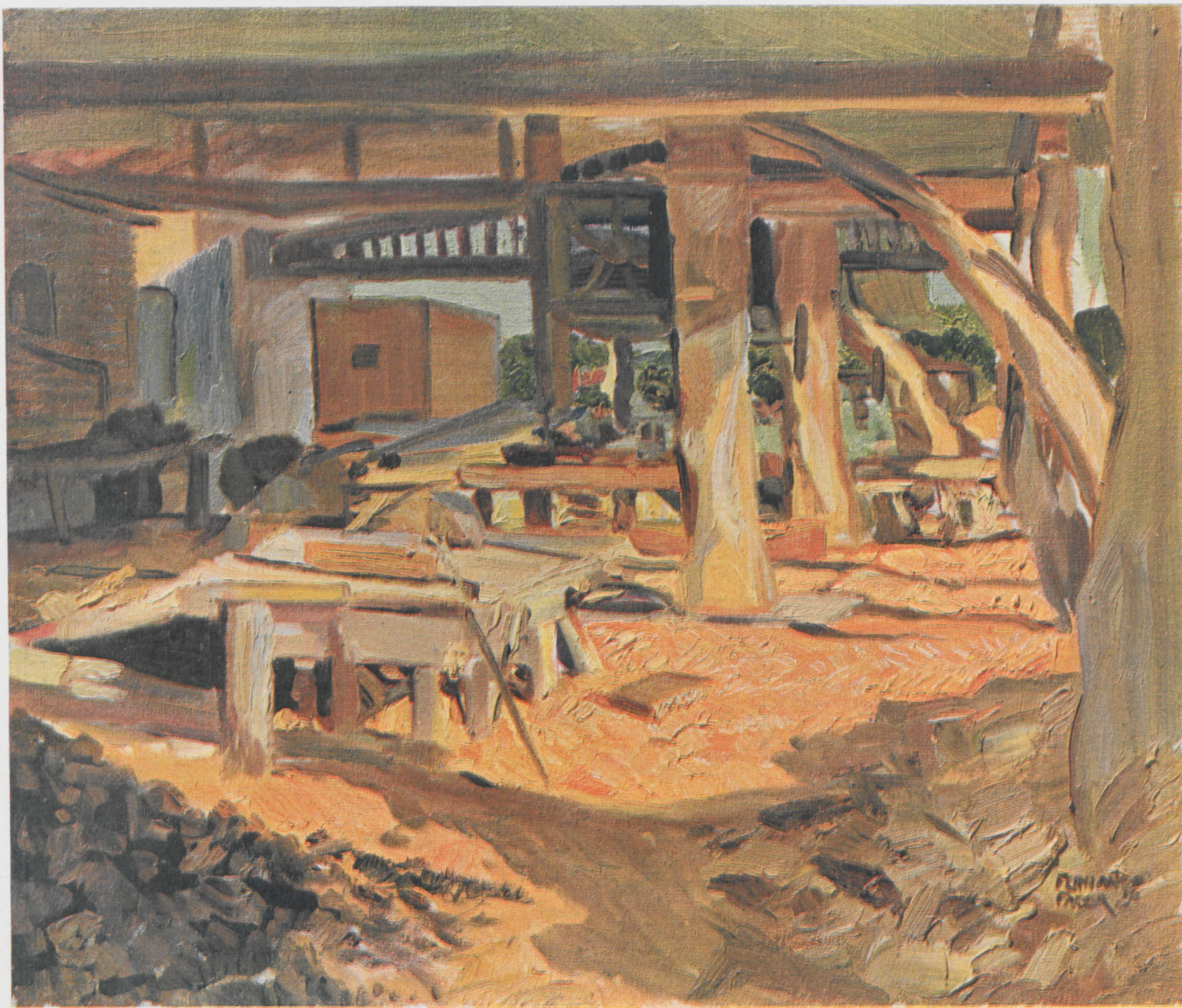
ARTE MODERNO

LA PAZ DEL HOGAR

ÓLEO DE GEORGE AÏD.

DE LA COLECCIÓN DEL SEÑOR LUIS GOWLAND (HIJO).





ASERRADERO

Cott FERNANDO FADER

Hace unos cuantos años, con motivo de su primera exposición, hicimos de Fernando Fader elogiosos comentarios. Sus cuadros, de mano argentina, tenían fuerte sabor de pintura transatlántica. Parecíanos que aquellas telas pintadas en Munich o en la Cordillera de los Andes, mostraran una brocha, que por igual resolviera sus problemas en el grave país de Dürero o en el risueño del Chacho.

Había en el profuso conjunto, calidades que le asignaban un rango ya definido entre los pintores que pintan, vale decir, entre aquellos temperamentos que arrancan a la luz el secreto de sus ideales artísticos. Acaso dijimos de él, que su arte era de una violenta hermosura. Se podía desde luego recomendar la educación de su retina como un esfuerzo coronado del mejor éxito. Confesábamos además nuestra inusitada sorpresa ante aquella intensidad de color redoblada de un empuje que sólo como excepción habíamos visto en alguna obra importada. Y entre otros laudatorios juicios, conferíamos al artista, como existentes ya, condiciones sólo presentidas y que pocos años han bastado para confirmar en absoluto.

Nada nos sería más fácil hoy, que repetir a Fader palabras entusiastas, con lo cual no se correría

riesgo alguno. Desde luego, tan cómodo es decir que sus obras son geniales, como que son abominables; con el mismo ostensible título podría el crítico X decir lo primero, como el Z lo segundo; lo terrible sería repetirle las cosas que se dicen a todos los pintores, teniendo la crítica, como bien se sabe, tres propósitos: elogiar, censurar o no decir nada.

Claro está que es infinitamente más fácil elogiar que censurar. Se puede elogiar todo, sin temor al castigo: lo bueno, lo regular, lo malo y lo detestable; en cambio, no se debe vituperar sino lo mediocre, lo vulgar, lo chato. Lo malo se silencia.

Pero ocurre que lo chato y lo malo suele parecer bueno ante los ojos de la gran mayoría — esta es la regla — y lo bueno — regla también — no se sabe lo que es, ni aun se lo sospecha. Y como en la hora en que vivimos, lo bueno en materia de arte ha de ser forzosamente nuevo — nadie se sorprenda — el embarazo opinante suele convertirse en verdadera tortura. Entiéndase bien que para que un artista valga la pena, no debe pintar como Rembrandt ni como Ticiano ni como Delacroix, sino como él. Si Velázquez resucitara con una nueva edición de su pintura, le aconsejábamos que se volviese a su gloriosa tumba.

Es mejor juzgar lo menos posible; conviene más admirar o no admirar. Zuloaga, que no es un tonto, dice que nadie entiende de pintura, ni él siquiera, y la razón es obvia. La crítica es el resultado de una ficción a la que presta formas literarias el correr de los siglos. Un estado de ánimo más o menos precario nos hace ver las cosas de un modo determinado; cambiad el ánimo, ponédlo de otro talante y veréis cómo cambian los cuadros y las sinfonías y las personas y los paisajes y los sentimientos y las ideas.

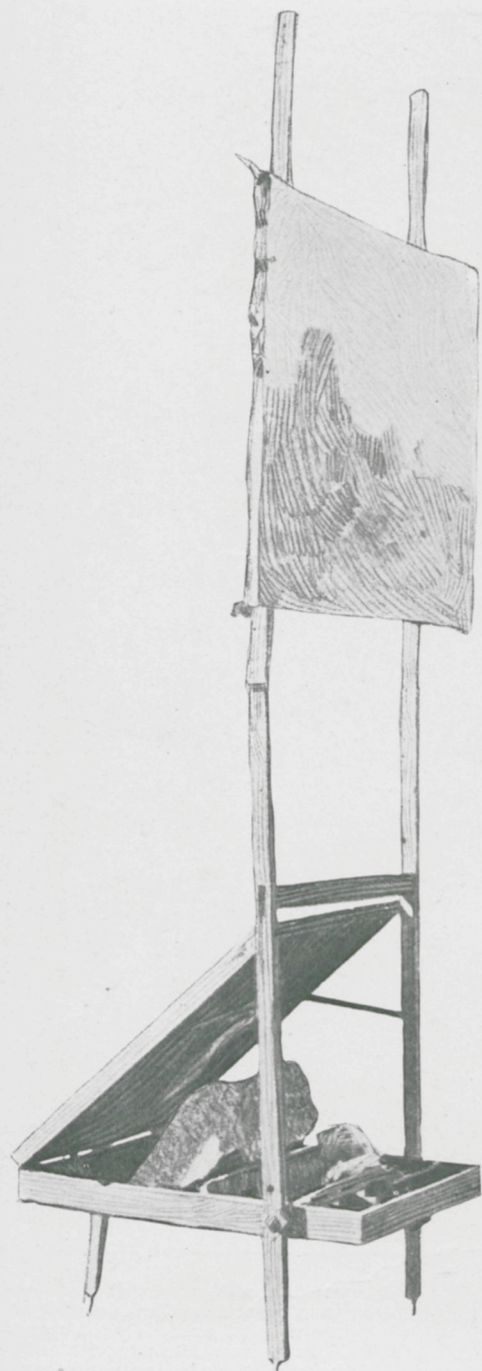
Estos y otros engorros hacen más deleznable la misión de los que juzgan obras de arte, lo cual no implica que no deban los pocos juicios que el

mundo son, establecer jerárquicos distingos, a fin de que la turba y algo más, perciban el profundo abismo que media entre el extremo que ocupa el pintamonas y el que ocupa el artista verdadero, Fader, verbigracia.

Mas por no engolfarnos dentro del sentimiento de este pintor y disecarlo y analizarlo, a través de sus telas: y por no dejar a los lectores sin informes respecto a tan interesante sujeto, que entiende de su pintura, que no padece modestia, y que mira en este momento lo que escribo; permítasele a él reflejarse en esta página mediante un sucinto interrogatorio.

— ¿Quiere?
— Sí.





—¿Qué piensa de la pintura, Fader?

—Que es un sentimiento, exclusivamente íntimo como todos los sentimientos, reflejado en una tela.

—Pero eso es viejo.

—Yo no tengo la culpa. Lo viejo es siempre nuevo a través de un espíritu nuevo. Lo que pensó Rafael hace tres siglos, es moderno si yo lo pienso hoy. Es futuro, pensado por un pintor del siglo XXI.

—Entonces...

—Entonces no hay más que pintura, o mejor dicho, pintores que nos dicen pictóricamente lo que sienten, desde los egipcios hasta los de Montparnasse, hombres que nacen con ese destino irresistible.

—¿Irresistible?

—Siempre. En el artista, el hombre es accesorio, es un accidente fisiológico. En mí, toda idea nace bajo la emoción de un sentimiento de belleza. Yo no miro sino como pintor; mis ojos no disponen de otro procedimiento, como si fatalmente tuviese ante ellos un prisma que todo lo rinde en tonos, valores, pinceladas, medias tintas, expresiones. Cuando miro la naturaleza, una piedra, un tronco de árbol, una vaca o un cerdo, lo miro ya pintado, vale decir, tamizado por mi espíritu pictórico. Lo que amo, lo que admiro, lo que deseo, lo que sueño es pintura realizable o irrealizable, pero arte siempre. Una mujer es linda para mí, si colocada delante de mi tela me despierta un anhelo imperativo y obsesante: el de pintarla, y tanto más me interesará, cuanto más alma pueda poner sobre el lienzo.

—¿De modo que sus modelos necesitan un alma, sus vacas, sus ranchos, sus matungos?

—Todo tiene alma: una flor, una cabra, una montaña, un desierto, un mueble. Dentro de cada forma hay siempre una esfinge, y cuando no la hay, no se la puede pintar. Ciertas caras que nada expresan, tienen escasez de alma, por lo que son poco, o nada, pictóricas.

—Pero el alma que usted pinta está sobre las cosas que pinta; son formas, colores, sombras...

—Cuando está, sí; pero no siempre está por encima, como usted piensa. Hay que descubrir esa esfinge; a veces hay que suponerla, deducirla, crearla, para lo cual el pintor necesita ser más que pintor.

—¿Qué más?

—Mucho más. Necesita, como todo artista, haber sentido mucho, haber vivido intensamente, haber sufrido; quizás esto último más que todo, como que la verdadera belleza está siempre mezclada al dolor; por eso hay que buscar el alma de las cosas en su misterio, en los tonos que no se destacan, en las tenuidades fugitivas, y para leer en las formas y en las luces el misterio de las cosas, fuerza es también tener misterio dentro del propio espíritu; haberlo sutilizado, haberlo poblado de visiones y de ensueños, haberlo forzado, y trabajarlo siempre. ¿Se imagina usted un poeta nacido con el fuego divino, pero virgen de todo dolor, de toda emoción, de toda cultura? Yo no lo imagino ni poeta, ni pintor. Cuando el azar pone ante mis ojos un mundo inerte, me obligo a buscar en ese mundo la vida que se esconde, la vida silenciosa y

latente; si no doy con ella, renuncio, abandono ese mundo y me lanzo a buscar otro.

—Y cuando lo ha conseguido usted, toma su paleta, sus pomos...

—Y pongo sobre la tela luz, color, lo que se ve habitualmente en los cuadros, como el escritor pone palabras y oraciones en las páginas de sus libros; pero entre las oraciones y las palabras, cerca o lejos, yérguese el espíritu del artista; cada palabra, como cada color, se impregna de una vida, que no está en la materia en sí, pero que va equilibrándose, flotante sobre toda la obra. Y la obra de arte, y más que cualquiera otra, el cuadro, es síntesis, es concentración, es interés emotivo acumulado en un instante, en un rayo de luz, en un movimiento, en un efecto.

—Pero con todo, hay una técnica...

—Como hay una gramática para los literatos y una armonía para los músicos; pero eso es el arma que capacita para la acción, es el medio de que nos valemos para alcanzar lo otro. No se llega a la emoción literaria a base de diccionario, como no se es un colorista con la paleta más rica del mundo. El arte es una abstracción, mientras la técnica es sólo un conjunto de reglas experimentales.

—De la cual podría prescindirse, ¿verdad?

—Sí; pero después de haberla adquirido y dominado; pues que la tal técnica nos enseña a pintar, como las escalas y los arpeggios enseñan a tocar el piano. La técnica es algo así como los tejidos de que nos valemos para vestirnos, casi diría, de acuerdo con los preceptos de la higiene; pero ¡qué diablos! la línea, la distinción, el encanto de la armonía personal es obra del arte que es espíritu y no de la preceptiva que es canon.

—De modo que una vez dominada...

—Se puede hacer un cuadro que interese, cuando el interés está previamente en el artista; si no lo está, no hay técnica que valga. El técnico, como tal, es frío, estático, material, como un armonista muy sabio que no tiene dentro nada que armonizar. Antes de tomar los pinceles, esto es esencial, hay que tener ya el cuadro pintado.

—¿Dónde?

—En las entrañas, si usted quiere. Un paisaje que se mira en la realidad, no tiene ningún valor artístico, si no se le traslada instantáneamente al alma del pintor. El paisaje pintado es este último, no el primero; para reproducir los paisajes de la naturaleza hay excelentes máquinas. Lo mismo digo de un retrato; la topografía iluminada de un modelo no tiene ninguna gracia; la tiene, sí, lo que el modelo siente, piensa, dice, revela o esconde; sin esto, sólo se obtendrá algo así como el plano coloreado del sujeto.

Y como Fader simulara estar harto ya de mis preguntas, le formulé una más:

—¿Cuál es la pintura que más le interesa?

—La mía. Lo que pintan los otros me parece buena o mala pintura; pero sólo me interesa mi arte personal.

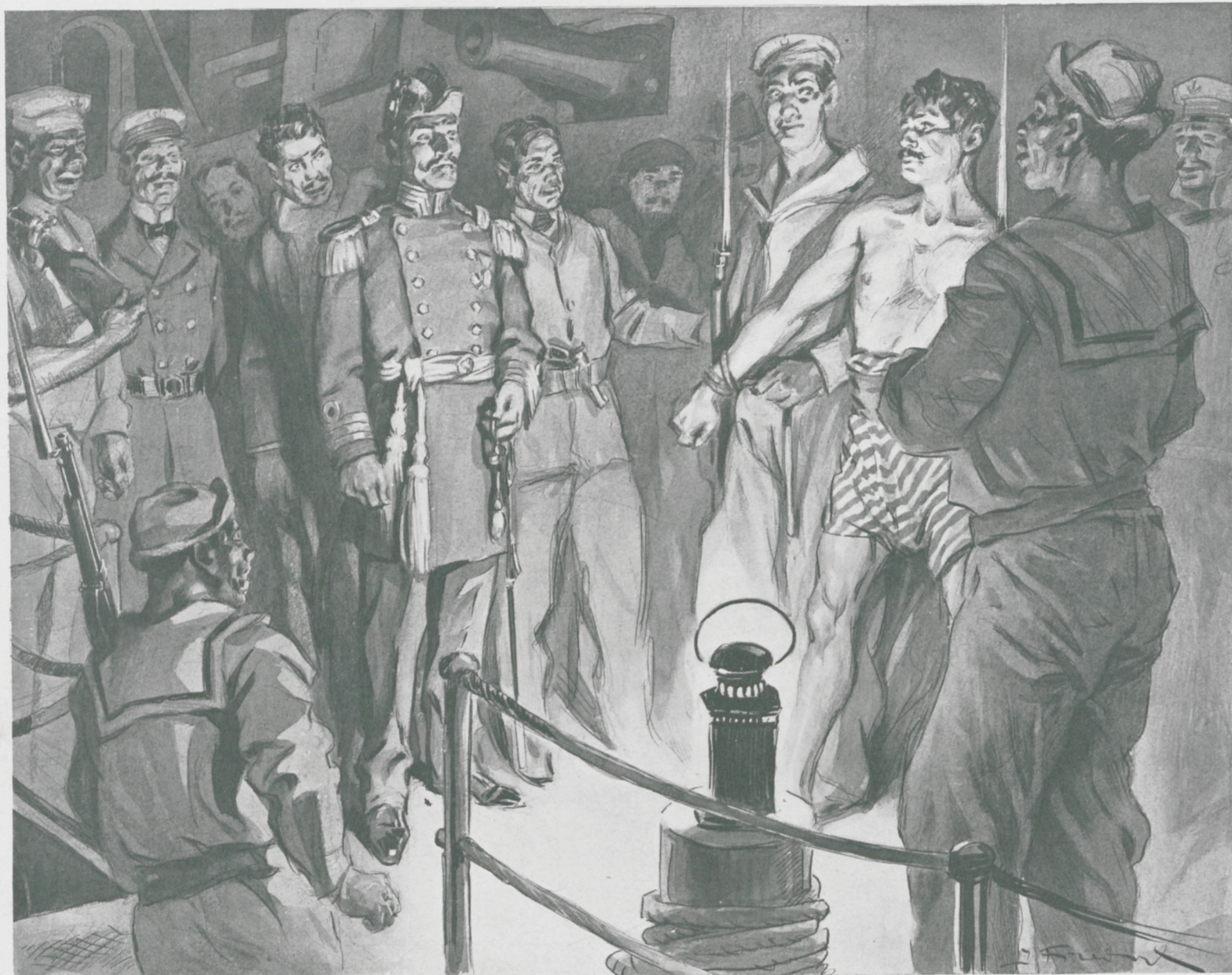
—¿Egoísmo, envidia?...

—Lógica, lógica pura. Yo he aprendido a pintar y realizo un arte que es exclusivamente mío. Mal podría interesarme por saber cómo el pintor tal o cual consigue un efecto que él busca porque él siente. Mis efectos buscados son producto del artista que está dentro de mí; justo es que yo los resuelva a mi cuenta y riesgo. Por eso miro lo que los otros pintan, y por regla general, callo; si me preguntan e insisten, aventuro una sola respuesta: eso está bien pintado o está mal pintado, lo cual no es interesarse por un artista, sino poner de relieve una condición o declarar que no la tiene.

Dicho lo cual, ratifiqué respecto a Fader el juicio que antes formulara, y que convendría imponer, a no mediar la vasta extensión de tierra de cultivo con que cuenta el país.

ENRIQUE PRINS.





Todo estaba combinado. No podía fallar. Cuando la lancha partió, silenciosamente, explorando las tinieblas del océano encrespado, quedamos nerviosos. ¿Serían muchos? ¿Sería uno solo? ¡Ah! ¡Si los bandidos fueran apresados! Nuestros nervios, sobreexcitados por aquellas trece naves enjauladas en la bahía, bajo el cañoneo de las fortalezas, sufriendo las privaciones más duras, empezaban a atribuir a los hechos más pequeños una importancia capital, una exagerada importancia. Así, al recibir la denuncia amiga de que uno o más hombres conseguían llevar a nado instrucciones a los «legalistas», la explosión de nuestra cólera fué tal, que viéndola, nadie dejaría de pensar que dichas instrucciones eran la causa única de nuestro estado enervante.

Casi todos nosotros, civiles, llevados por las circunstancias y las persecuciones tiránicas de los secuaces del mariscal a aquella vida de barco de guerra, estábamos junto a la borda del buque con los oficiales y el comandante, a ver si divisábamos el trabajo de la lancha entre el negror de la noche.

¡Oh! ¡Ya no podíamos más! Hacía ocho días que nos alimentábamos con media ración de porotos negros sin tocino. El patriotismo, la indignación por los desaciertos del gobierno, caían íntimamente en un relajamiento lamentable. El deseo único era abandonar la bahía, acabar con aquello, sacarse de encima de los hombros aquella férrea mano de hierro de las situaciones sin solución en que se complicaban las traiciones de los ingleses, las intimaciones americanas y la conciencia de nuestras victorias. Y en las tinieblas de la noche sin estrellas, todas las cóleras se fundían sobre el ser que los nuestros iban a apresar, como si fuese él la causa única de todos los desastres.

—En verdad, — preguntó un médico, ejemplo de bondad en tierra, — ¿qué castigo hemos de darle al canalla?

—Es buena la pregunta, ¡pasémoslo por las armas!

—Serviría de escarmiento; mas sería poco para el infame. Si lo hiciéramos blanco de la puntería de todos, indudablemente todos descargaríamos nuestras armas sobre él.

El fin de Arsenio Godard.

Del diario íntimo de un revoltoso

Por PABLO BARRETO (JOAO DO RIO)

—Y él, ¡sólo sufrirá una vez! Comandante, ¿cuál será el castigo del bribón?

El comandante era un caballero elegante y frío. Volvió sonriendo:

—Según. En la carta en que lo denuncian, dicen que es extranjero. Si lo es, es imposible ajusticiarlo. Pero si fuera brasileño, lo pasaríamos por las armas.

¡Ah! ¡Ibamos a tener, al fin, una noche interesante y divertida. ¡El miserable vería con quienes se había metido! En la mirada de cada uno de nosotros, había destellos de expectativa, y en la risa de los otros, como tal vez en la nuestra propia, una convulsión de los labios que querían sonreír y mostraban los dientes como un gesto de fiera.

Esperamos así hasta la madrugada. La fatiga venció a algunos; soplabla un viento de lluvia, violento y húmedo; el comandante se retiró; la lancha no regresaba. Y a la inquietud sucedió la cólera, cuando la lancha tocó la borda. Todos corrimos con ansias de maldad, de venganza, ávidos en primer lugar de ver al torpe, al infame, que todas las noches pasaba junto a nosotros arriesgando su vida para complicar y perder la nuestra. El comandante abandonó precipitadamente su cabina; la oficialidad vino de distintos puntos del navío. Y entre aquel sordo rumor de cólera, los compañeros de la lancha izaron a la cubierta, amarrado, maniatado, se diría doblado en dos, un cuerpo rudo, membrudo y fuerte.

—¿Muchos?

—Uno sólo, comandante. Iba con un saco lleno de cartas.

—¿Y el saco?

—Aquí está.

—Desaten al hombre.

Dos marineros se agacharon; otro encen-

dió una linterna de ronda y así logramos ver la cara del tipo, una cara común, de bigote castaño y ojos turbios. Cuando lo soltaron, con una voz un tanto inquieta, pero clara, exclamó:

—Mr. le commandant, j'suis français!

—Los legalistas son brasileños. Ninguno acá entiende idiomas extranjeros.

—Yo hablo portugués. Soy francés, señores; pido explicar el hecho.

—¿Aún quiere explicar? ¡Qué tupé!

—Es un derecho.

—¡Vd. no puede hablar de eso!

—¡Yo exijo!

—Usted no exige nada; somos nosotros los que hacemos de usted lo que nos parezca. Lleven ese hombre a la sala de armas y esperen mis órdenes...

Los marineros arrastraron al hombre. Nos quedamos a la expectativa. El comandante, mientras tanto, hacía llevar el saco a su cabina.

—Buenas noches, señores.

—¿Y el castigo, comandante?

—¡Ah! el castigo... ya lo tengo pensado, pero se lo diré mañana. Ustedes no se imaginan lo interesante que es pasar la noche preparando con la imaginación un acto de justicia. Hasta luego, pues, amigos míos.

Nos recogimos. ¿Qué castigo tendría pensado aquel hombre estoico y distinguido? ¿Cómo estaría el otro, desnudo en la madrugada fría, al á encima? ¿Dormiría? ¿Pensaría? Ciertamente pensaría en la muerte porque no era posible otro género de castigo... Un marinero descendió.

—¿Cómo va el hombre? — indagamos.

—Parece que estuviera durmiendo.

Nosotros en cambio, no dormíamos. Permanecíamos en la cubierta, nerviosos, a la

espera de aquella muerte, de aquella escena atroz, que se desarrollaría dentro de pocos momentos. ¿Qué sucedería horas después?

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, fuimos invitados a concurrir a la sala de armas. El hombre rudo estaba allí, lóbrego, con el mirar torvo, mordiéndose el bigote. Y cuando entró el comandante hubo un estremecimiento general, un estremecimiento de miedo. El comandante, sin embargo, estaba amable.

Cuando se hubo sentado, le dijo.

—¿Cómo se llama?

—Arsenio Godard.

—¡Ah! Muy bien.

—Yo deseaba explicar...

—¡Oh! Absolutamente inútil. Vengo a decirle lo que resolví hacer con usted. Señor Arsenio Godard, va usted a vivir con nosotros hasta el fin de nuestra campaña. Se ve que usted es un hombre corajudo, fuerte. ¡Un excelente compañero! Voy a mandarle ropa. Tendrá su cama. El navío es enteramente suyo. No obstante, como el señor nada bien y podría no gustarle nuestra compañía, será acompañado siempre. No deseamos que nos abandone. El francés miraba, tentando descubrir la insidia, procurando saber qué castigo horrendo proyectaba aquel vencedor entre sus frases de miel.

—Mas, señor comandante, debo decir...

—Yo soy quien debo decir que comerá en nuestra mesa. ¡Ah! Nosotros no nos regalamos como los patriotas de la ciudad. Pero, en fin, se come. Ya lo verá. No se imagine usted el placer que nos proporciona su compañía. Entonces, ¿estamos de acuerdo? Bien. Hasta el almuerzo. Centinela, ropa para el señor Godard.

Era tan grave la actitud del comandante, que ninguno de nosotros se atrevió a interrogarlo. La explicación llegó, minutos después, terminante y terrible.

El teniente Joao nos llamó aparte y con voz seca nos dió la orden superior:

—El señor comandante prohíbe que se converse o se responda al preso. El señor comandante considera una deslealtad a la causa y a su persona, decir una palabra al señor Godard, hasta nueva orden.

¡Era el suplicio del silencio! ¡Era el castigo! Algunos lo encontraron débil — eran los ingenuos.

Otros sonrieron, imaginándose los resultados de aquel sport, la persecución del silencio impuesto al pobre sujeto. ¿Cómo tomaría él la venganza?

A la hora del almuerzo, Godard apareció, seguido de un marinero. Pidió permiso y se sentó. Ninguno lo miraba. Echóse encima del primer plato con un hambre indescriptible, mirando si hacían caso de él. Al final no pudo contenerse:

— Señor comandante, no sé cómo agradecer...

El comandante continuó conversando con el teniente Joao. Godard quiso insistir, embarrasado, volvióse hacia su vecino de la derecha:

— Yo quería decir al comandante...

El vecino de la derecha dirigió la palabra al compañero del otro lado. Godard, dirigióse al frente:

— Si la generosidad de los señores...

Los comensales ni dieron vuelta el rostro. Godard cruzó el cubierto y esperó el fin del almuerzo. Cuando el comandante se levantó, fué hacia él:

— Debo agradecer su bondad.

El comandante nise dió vuelta. Hubiera sido cómico, si no fuese atroz. ¿Tendría coraje el hombre para resistir esa humillación muda? Godard pasó el día paseando por la cubierta. A la hora de comer, la escena se renovó. Por la tarde comenzó el acostumbrado bombardeo de los navíos desde tierra y de los navíos hacia la tierra. Era la siega de vidas, inútil y costosa. Godard estaba junto a nosotros.

— Sé tirar muy bien.

Ni una palabra. No le oíamos; nadie se apercebía de él. Por la noche reunidos para tomar el mate, Godard surgió nuevamente acompañado por el marinero.

— No quiero dejar pasar el día, señor comandante, sin agradecer la bondad de todos. No me hablan. Es justo el resentimiento. Mas yo no soy un adversario, soy un trabajador, que como los *condotieri*, comercia con su valor. Con los revoltosos, permitan la palabra, no puedo comerciar, porque economizaron mi vida, sostenida a costa de muchos riesgos. Estoy, pues, a sus órdenes...

Mas, poco a poco, los oficiales se habían retirado y Godard se encontraba solo, delante del marinero mudo y serio.

Al día siguiente nuestro preso apareció, a la hora del almuerzo, sombrío, saludó sin ser correspondido, se sentó en otro lugar, comió sin decir una palabra, levantóse, agradeció e insistió:

— Si el señor comandante me permitiese exponer un plan de ataque, conociendo como yo conozco las posiciones de los enemigos... ¡Perdón! Es traición. Veo que no se me escucha... Agradezco entretanto...

¡Oh! era evidente que Arsenio Godard, tipo voluntarioso, hacía un esfuerzo sobrehumano para contener su cólera, para no desesperarse ante aquella situación horrible que lo hacía vivir a bordo como si estuviese solo, completa, absolutamente solo. Sus ojos ardían de cólera, los labios estaban blancos, temblaban sus manos en un temblor de furia. Tal vez se juzgaba aun capaz de vencer el castigo; por la noche, bruscamente, se acercó al comandante y nuevamente insistió sobre sus planes. Al cabo de cuatro días, durante el almuerzo, Godard irguióse:

— ¿Digan? ¿Es para siempre el silencio? ¿Es que soy un idiota, un animal, un leproso? ¿Qué soy? ¿No responden? ¡Mátenme! Es infame lo que hacéis conmigo. Me retiro no como más. No huiré, es verdad; pero en cambio moriré de hambre. ¡Adios señores!

Salió golpeando con los pies hacia su cabina. Nosotros continuamos conversando de cosas que nos interesaban. Sólo el marinero lo acompañaba, como su propia sombra muda.

Y fué entonces la lucha más curiosa y la más atroz, el sport más doloroso y más palpitante que jamás hayamos visto, entre la palabra y el silencio. Cada uno de nosotros, con el instinto animal de vencer, no respondía, no tan sólo por obedecer al comandante, sino porque responder, sería la victoria del pobre diablo. Cada figura de a bordo era un componente de aquella máquina de reparación, de aquella máquina que el teniente Joao llamaba el neumático de la voluntad, la rarefacción del hombre, porque la palabra es la vida y hablar, cambiar palabras, es sentirse vivir. Godard sentía bien que nosotros moriríamos

en el silencio, que cada día elevábamos más alto aquel muro de la mudez, que sus palabras no podían, no conseguirían quebrantar. Resistió dos días en su cabina sin comer. Después vino a la mesa feroz y sombrío como un jaguar y en esta actitud permaneció diez días, diciéndole apenas: — Gracias y buen día. Permanecía en la puerta de la cabina, bufando de rabia y fumando. Si alguien pasaba por allí, levantábase y con una mueca irónica:

— Gracias! — decía.

Al cabo de este tiempo sus nervios llegaron al relajamiento; su voluntad era cada vez más torturada. Necesitaba obtener una respuesta, sentir que no estaba muerto. Inventó estratagemas. Seguía una persona hasta saber su nombre y de repente lo llamaba, a sus espaldas, cambiando la voz:

— ¡Escucha, José!

Esperaba a alguien en los lugares solitarios, pedía un fósforo, entremecía en las discusiones acaloradas una frase de esas que exigen una réplica, una discusión; acechaba la distracción de los marineros para obtener una

El comandante pasó por encima de él. Arsenio continuó arrastrándose, pidiendo, pidiendo sin ver a quien, pidiendo a quien pasaba, indistintamente. Ninguno de nosotros, llenos de preocupaciones, pensábamos en compadecernos. El bandido era el enemigo y cada vez que una bala traía el desastre, la cólera aumentaba contra su figura lívida de traidor desesperado.

— ¡Por amor de Dios; una palabra sola, una palabrita! — imploraba de rodillas, ridículo y macabro al mismo tiempo.

La crisis se acentuó. Arsenio resolvió conquistar con las lágrimas a sus guardianes.

Cada marinero que le apostaban como una sombra, lo veía en seguida de rodillas, procurando besarle las manos, haciéndole promesas, pidiendo, llorando. El comandante repitió las severas órdenes. Arsenio quedó sin respuesta y de la humillación pasó a la cólera.

— ¡No quiero a éste! ¡No quiero! ¡Ya lo dije! — bramaba cuando cambiaban al centinela. — Sois unos indignos, unos cobardes. ¿No me satisfacen? ¿Qué soy yo? Yo no estoy

das, atroces insultos para el mudo guardián que lo vigilaba desde afuera.

Los marineros de poca cultura temían que la razón de Godard hubiese sido finalmente perturbada por el círculo del silencio. Oíanlo con recelo. Y Godard entonces saltaba de la cama, en ropas menores, desgreñado:

— ¿No me hablan? ¿No? ¡Decidido! Al fin y al cabo yo los desprecio, cobardes, vencidos. Mas no los necesito tampoco. Estoy conversando, estoy oyendo otras voces que responden a mis preguntas. ¡Ah! ¡Ah! ¡El hombre inteligente escapa a los mayores tormentos que puedan infligirle los imbéciles!

Al cabo del sesenta y nueve día, sin embargo, Godard, llegó a la mesa, silencioso y serio; pidió un cigarrillo, pasó por la cubierta, durmió bien y luego a la mañana siguiente, acostado aun, llamó al centinela:

— Dame un fósforo.

El guardián aproximóse, alargándole la caja. ¡Oh! entonces, el preso, saltó de la cama y en un ataque repentino arrancó el arma de las manos del marinero; cerró la puerta, y aprisionando al guardián por la garganta, le dijo:

— Vas a responder ahora: Anda, de prisa. ¡Haz el gesto afirmativo! ¡Haz el gesto o mueres!

Trabóse una lucha. El marinero era un indio enorme. Agarró la mano que le apuntaba con el revólver y con la otra aplicó un golpe en la cara del preso. Pero Godard sentía duplicarse sus fuerzas. Con la mano libre asió el sable del marinero. El otro la desvió. Cayeron ambos al suelo tropezando en un jarro. Godard parecía un florete; el marinero era una torre. El ruido de la lucha llegó hasta nosotros. Corrimos hasta la cabina. Godard vociferaba:

— Habla, responde, di cualquier cosa. ¡Perro! ¡Perro! ¡Responde! — Los muebles caían, los cuerpos rodaban con estrépito.

— ¡Es Godard! Necesitamos abrir.

— ¡Está cerrado!

— ¡Abriremos a hachazos!

— Abriré si me hablan, — bramaba desde adentro Godard. — ¡Abro si me hablan! Digan: ¡Godard, abre para probarme que no estoy muerto, que estoy vivo, ¡que soy Godard!

¡Ah! ¡Bandido! ¿Qué se creía el infame? Los golpes de hacha cayeron sobre la puerta con violencia, haciendo saltar la cerradura, y por delante de nosotros saltó Arsenio Godard blandiendo el sable, mudo, con la cara y los cabellos ensangrentados.

No hicimos caso del marinero. Corrimos detrás del bandido. ¡No fuera a tirarse al mar!

Y fué una caza infernal a bordo. Era preciso agarrarlo vivo, vivo, entero, para sujetarlo nuevamente, eternamente, al régimen desesperante. Godard, blandiendo el sable, se refugió en un ángulo del comedor.

— ¡Es preciso acabar! ¡Es preciso acabar! ¡Canallas! ¡Van a hablarme! ¡Sólo una vez! Digan: Arsenio, entreguese, y yo me entrego. Sólo una vez, y si no yo me escapo, me escapo, estoy en salvo... ¡Asesinos! ¡Vamos a ver quién es el más fuerte! ¡Quién se aproxime muere o me mata! ¡La victoria es mía! ¡Me escapo!

Todos nosotros, mordiéndonos los labios para no dejar escapar una blasfemia, un insulto, nos detuvimos, ardiendo en deseo de matarlo. Y fué un instante apenas. La tromba precipitóse sobre el sable. Godard lo blandió; mas se sintió preso por las piernas y cayó pesadamente, en cuanto cien brazos extendíanse hacia él, arrancándole el arma, lo estrujaban sorda, silenciosamente.

El desgraciado tuvo un grito:

— ¡Otra vez! ¡Para toda la vida! ¡Oh! ¡No! ¡No! ¡No!

Con estupefacción de todos nosotros, como si aquel muro de silencio fuese peor que la misma muerte, enloquecido, arrancó el sable de otro marinero, lo blandió en el aire en círculo abierto, inesperadamente y dejólo caer con violencia sobre su pescuezo.

Un chorro de sangre saltó en el aire sombrío. Lacabeza de ojos descajados se dobló. Toda la guarnición se detuvo. Estaba muerto. Y no sé por qué, un odio violento, un odio desesperado nos obligó a pisotear aún el cadáver para ver si vivía. El bandido evitó la sentencia, escapó de nuestras manos, dejándonos impotentes para continuar cercándolo infinitamente dentro de aquel sudario del silencio que era nuestro castigo más feroz, más tremendo, más despedazante.

DIBUJOS DE FRIEDRICH.



palabra tan solo. Nosotros nos encontrábamos en una situación por demás irritante, con los tiroteos, la falta de víveres y la certeza de un fin próximo, para perder. Por otra parte, si él sufriese resignadamente, tal vez algún sentimental compadecido le hubiese respondido. Mas Godard era un rebelde, no comprendía la resignación. Cada día que pasaba era para sus nervios un motivo más de furia, de rabia contenida. De modo que en el barco de guerra, en plena revuelta, existía el diabólico sport, de un hombre contra trescientos, queriendo hablar, queriendo vivir, queriendo romper el sudario del silencio con que lo enterraban moralmente, sin conseguirlo.

De las sutilezas, Godard cayó en los medios bajos. Se acercaba al comandante:

— La inmoralidad de su navío es asombrosa. Prevengase contra su segundo, que lo venderá en la primera ocasión.

E inventaba intrigas entre los civiles y los oficiales, lanzaba retenciones, esperaba la pregunta... Nosotros ni siquiera sonreíamos. Un silencio absoluto, un verdadero silencio, hasta en los gestos, como si delante de él estuviéramos ante un objeto indiferente e inanimado, acogía sus niñerías desesperadas.

De la intriga, Arsenio Godard cayó en la humillación. Para llegar a este extremo era preciso sufrir horrendamente y Godard sufría. Tenía los párpados violados, lívido el semblante, el mirar de extravío por la constante preocupación y el gesto vago. Una noche, de repente, después que una bala reventó en la cubierta, lacerando las piernas de tres marineros y desparamando la sangre hasta las bordas, y mientras todos tratábamos de remediar el mal, cayó de rodillas a los pies del comandante.

— ¡Déjeme prestar ayuda a mí también! ¡Hábleme! ¡Hábleme! ¡Por su honor, por su uniforme! ¡Dígame sí! ¡Diga no! ¡Diga cualquier cosa!

muerto, ¿oyen? Hablo, hablo, hablo. ¿Qué importa que no me contesten? Hablo; estoy hablando. ¡Cobardes!

Mas la cólera, como las lágrimas, se estrellaban contra el silencio ilimitado, asfixiante. No lo oíamos, no lo sentíamos. Godard volvió a vivir en la cama y a decir: ¡gracias! irónicamente, cuando por casualidad alguien pasaba por la puerta de su camarote. Habían pasado dos meses, sesenta días y sesenta noches. Todo anunciaba el final de nuestra aventura y cada vez se acentuaba más nuestro odio contra aquel objeto suelto de a bordo, el mercenario, el traidor. Los acontecimientos, los desastres, desarrollábanse con su cortejo de muertes, de humillaciones y ante nosotros, con las ideas indisputadas en un silencio desesperante, el animal sufría nuestra rabia por todos a quienes no era impuesto desobedecer, matar, vencer.

Una tarde el marinero que había dejado la guardia fué a comunicar al comandante que Arsenio Godard parecía estar con fiebre, y que en su cama decía cosas sin sentido.

— ¡Déjalo!

— En verdad, comandante, si acabásemos con esa boca de más?

— ¡Oh! es preciso que él pague su abnegación a los otros. Si fuera un resignado, hace mucho que estaría muerto; mas por eso mismo, porque se enfurece, debemos de extremar el castigo. Está desesperado.

En efecto, Godard, desesperaba. En el camarote, tirado de espaldas, con la barba crecida, el cabello hasta las orejas, hablaba en voz alta para ensordecerse, para engañar sus oídos, para alucinar sus propios sentidos. Era trágico, cambiando la voz, imitando voces de mujeres, voces de animales.

Había momentos en que lo dominaba una especie de locura rabiosa, y mientras crispaba las manos con furia contenida, decía palabras incongruentes, quejas desespera-

Tomando la Vía Alejandrina para entrar en la del Corso, paso todas las tardes junto al Foro Trajano, o si queréis, junto a la Columna Trajana, que es lo único que verdaderamente queda en pie de aquel complejo monumental, acaso el de más sonada magnificencia entre cuantos vió levantarse y caer este sol de Roma. Un paralelógramo cercado, de nivel mucho más bajo que la calle contiene, entre silvestres hierbas y lodosos charcos, trucas columnas de granito, algunas de ellas arraigadas al suelo, otras tumbadas; y en medio de estas ruinas resalta, entera y majestuosa, la Columna Trajana, de mármol esculpido, en toda la extensión del fuste, con bajo relieves que recuerdan el sometimiento de los dacios por el magnánimo y glorioso Emperador. Sus cenizas reposan, o reposaron, dentro del pedestal, dispuesto como sarcófago. Sobre el dórico capitel, en vez de la imagen de Trajano que lo coronaba, descuella, desde tiempos de Sixto V, un San Pedro de bronce.

La primera vez que pasé junto al Foro Trajano, ya casi entrada la noche, y me asomé a la obscura hondonada, vi deslizarse, entre las rotas piedras y las matas de pasto, una sombra fugaz. A esta sombra siguieron otras y otras, en varias direcciones. Luego advertí que con aquellas cosas pasajeras solían correr unas extrañas lucecillas. ¿Almas de tribunos, de mártires, de héroes, como las que en este venerando suelo de Roma han de reconocer un despojo de su vestidura corporal en cada grano de polvo, en cada hilo de hierba?... — Volví a pasar de día, y las sombras me revelaron su secreto. El ruinoso Foro está poblado de gatos. Allí ha puesto su cuartel general, su concilio ecuménico, su populosa metrópoli, la que llamó Quevedo «la gente de la uña».

Los hay de todas pintas. Barcinos y atigrados, amarillos y grises, blancos y negros. En los cuadros de sol, sobre la fresca hierba, disfrutan, con envidiable e indolente placidez, su dicha de vivir, ya gravemente sentados, ya tendiéndose en esas actitudes inverosímiles y absurdas, con que encantaban a Teófilo Gautier. Uno, negro como la tinta, inmóvil sobre una tronchada columna que le forma pedestal, parece una esfinge de ébano. Micifuz se relame sobre un derribado capitel. Zapirón remeda, rascándose, «la pata coja de Mefistófeles». Zapaquilda amamanta a sus bebés en el hueco de dos piedras, donde ha tendido el césped blando tálamo. Ignoro si el problema económico de esta comunidad se resuelve mediante la protección del vecindario, o si ella vive de su propia industria, con la libre caza de sabandijas; pero observo que todos los asociados están gordos y lucios y que el rayo del sol arranca de los esponjados pelambres reflejos, ya de oro, ya de azabache, ya de nieve.

No quiero a los gatos. Me han parecido siempre

seres de degeneración y de parodia: degeneración y parodia de la fiera. Son la fiera sin la energía; son el tigre achicado, el tigre de Liliput; el instinto contenido por la debilidad; la intención páfida y sintiosa que sustituye al arrebato de la fuerza; la mansedumbre delante del hombre y la ferocidad delante del ratón.

Cuando la corona de los seres vivientes está sobre la frente del león, como en la hermosa fábula

donde disfruta su rincón?... — ¡Oh tú, que te levantas allá en frente! sombra del Coliseo, erigido fantasma de la antigüedad, genio de una civilización de águilas y leones: ¿no será ésta de que nos envanecemos una civilización de gatos?...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Roma, enero de 1917.

DIBUJO DE CENTURIÓN.



de Goethe, la propia tiranía se ennoblece y la propia crueldad cobra prestigios de justicia. ¡Ay del reino animal cuando mandan los gatos!

Contemplando a la plebe felina adueñada de aquellos despojos de la grandeza imperial, se me figuró ver cifrado en este caso un carácter constante de las decadencias. Caer en manos de los gatos, ¿no es el destino de todos los poderes que envejecen, de todas las glorias que se gastan, de todas las ideas que se usan?... Luego otra figuración embargó mi pensamiento. Me pareció como si se presentara entre las ruinas el alma de un antiguo romano, y, con la amarga ironía de su orgullo, señalase en aquella vasta gatería una pintura de nuestra civilización, un símbolo de nuestra edad.

Somos para los antiguos, gatos para fieras. Reproducimos su genio y su cultura como el gato los rasgos del felino indómito y gigante. Para dar voz a otros hombres y otros tiempos, el «Ramayana», la «Iliada», la «Comedia». Para expresar la democracia utilitaria y niveladora, la «Gatomaquia». Carecemos de la crueldad que empujó la arena del Circo y maceró las carnes del esclavo; pero tenemos la perversidad del rasguño, de la pupila que escudriña en la noche, de la mano esponjosa que dilata la agonía del ratón. Gatunos son nuestros crímenes. Económicas, tibias y falaces nuestras virtudes, pulcritud de gato. Si se aparece entre nosotros el Héroe, el miedo nos infunde valor y le saltamos a la cara, como nuestros congéneres hicieron con Don Quijote. Suplimos nuestra timidez para afrontar las puertas bien guardadas, con nuestra habilidad para marchar por las cornisas y trepar por los muros.

Las lamentaciones de Isaías, las amenazas de Daniel, las maldiciones de Dante, las quejas de Prometeo Encadenado, retumban en las concavidades del tiempo como rugidos en la selva. Los ayes de nuestros dolores, la declaración de nuestro moderno pesimismo, el clamor de nuestras rebeliones y nuestras desesperanzas, ¿no sonarán en los oídos del futuro como maullidos de azotea?

El patriotismo romano, propagandista y conquistador, fué un inextinguible anhelo de espacio, y rebotando sobre el mundo, hizo nacer de la idea de la patria el sentimiento de la humanidad. Nuestro patriotismo, contenido y prudente, egoísta y sensual, ¿no tiene mucho del apego del gato a la casa



VIENTO NORTE

DIBUJO DE SIRIO.





Vida Bohemia

ADIOS

Adiós hermanos, desierto del infatigable gremio;
Voy a mezclarme a la turba cuerda y seria de la gente;
Añoraré las veladas de nuestro cuarto bohemio,
En tanto alineo mi vida sobria, metódicamente.

Tendré que mentir mi fuego de empedernido lirismo
Y cambiar mis risas por matemáticos esfuerzos,
Hacer juegos malabares con el rígido guarismo
Y recitar hacia dentro la melodía de los versos.

¡Salute, velita tísica; colchón desencuadernado;
Sillas huérfanas; rezongo del viejo «primus» tiznado;
Al mate de las mañanas, amargo, — dulce de risa!

¡Voy a hundir mis libertades en un rincón de campaña!
Aseguraré el puchero, tendré más de una camisa,
Mas sentiré el tedio haciendo en mi alma su telaraña.



LA HIJA DE LA VECINA

Es como un canarito la hija de la vecina
Que, mientras lava ropa, canta a grito pelado;
Nos alegra, a momentos, su vocecita fina
Que temprano nos hace despertar de mal grado.

¡Tenemos un cariño por esa chiquilina!
Que no pone reparos para hacer un mandado;
Y eso que nunca somos largos en la propina,
Porque es asunto viejo el hallarse «cortado».

Ella nos dice: «Mozos, ha venido el cartero...»
Le contesta, muy seria: «se fueron» al casero,
Que son dos cortesías que nunca pagaremos.

Por lo que disculpamos su cantar mientras lava.
Cuando no hay kerosene ella lleva la pava
Y nos calienta el agua del mate que bebemos.

EL TRAJE VIEJO...

No es que tenga vergüenza de salir mal vestido,
Dicho en frases vulgares: se me da dos porotos...
Es que a uno le confunden con el traje raído,
Con la barba crecida, con los zapatos rotos...

Que una mujer me mire, chico, me desazona...
Yo soy así, aunque esto parezca un desatino.
Y luego me subleva pensar en la burlona
Sonrisa lastimosa de algún burgués cretino.

— Cepíllate un poquito; caminando ligero
Ni se te nota; está presentable el sombrero
Y al fin, ¿qué se te importa? Que, cada cual es dueño

De andar como le guste o como le convenga...
Vamos a divertirnos, — añádeme risueño, —
Hay que tomar la vida de la forma que venga...



NO TENER DOS VINTENES...

Hay momentos, hermano, en que protestaría;
Ya de castaño obscuro pasa la situación.
No tener dos vintenes para comprar «El Día»
Y enterarnos, siquiera, de la conflagración...

Mis cuatro buenos libros ya los sé de memoria:
Dario, Almafuerte, Julio Herrera y Reissig,
Carrere... Que sé yo, como un burro de noria
Doy vueltas y hago versos en mi chiribitil.

Y... al final no protesto ¿para qué? me pregunto.
Tengo un humor amable, que llegaría al punto
De desafiar el genio del difunto Mark Twain.

Equilibrio, sonriendo, mis días problemáticos
Con alguna humorada de los «Cuentos Droláticos»,
Que hizo para «esponjarnos» Honorat de Balzac.

MONTIEL BALLESTEROS.

DIBUJOS DE CONTRERAS.

SCHERZO

POR
EDUARDO
DEL SAZ



DIBUJO DE ALEJO JOSÉ DE SIZA
IMAGINERO DE LAS INFANTILAS

AL AMOR DE LA MÚSICA



AMBIÉN el piano sabe llorar y reír a tu capricho; es dócil y te ama, como yo. Pero no sé si le obligas a reír cuando quisiera llorar, o llora cuando necesitara el alivio de la risa.

Alegres o tristes, sus notas — tus notas — son más veloces e hirientes que las saetas tejidas en ese tapiz de ensueño, ¡amada mía!, en ese tapiz de scherzo, ¡burlona mía!

A imitación de auténticos tapices, fina y toscamente urdido, narra una historia tosca y exquisita. El andante y galopante caballero acaba de matar al dragón, monstruo dentado, sonoro, rabilargo y negro, semejante a tu piano. ¡Pobre dragón, guardián celoso enamorado de las niñas cautivas, tan celoso y enamorado como las conveniencias sociales!

Princesa al arzón y lanza en ristre, el héroe huye bajo una lluvia de saetas inofensivas. Ya acostumbrada al miedo, nota la heroína que su libertador despidе insoportable aroma de herrumbre. ¡Ingrata: ese olor de la descuidada armadura, esencia de formidables pruebas sufridas, horroriza a la niña, cuya pituitaria prefiere al dragón!

¿Ingrata he dicho? No; previsora, femeninamente previsora. La princesita desencantada se desencantará más, cuando conozca lo que le espera en el castillo de su héroe: dos camisas, a lo sumo; salas llenas de antorchas humosas que hacen toser, o de candiles que matan la vista; la reclusión cotidiana, celos a cada minuto. Y cuando el esposo marche a la guerra, una castidad bajo llave, entre lebreles, aburrimientos y dueñas bigotudas.

En la torre de marfil no hay todo lo que tengo en mi humilde torrecilla de celulóide. Nada de electricidad luminosa y cálida, ajuares espléndidos y variados, abonos al Colón, viajes a Europa, partidas de «tennis», charlas amistosas y algún que otro flirteo inocente.

Busca, ¡amada mía!, el amor del caballero herrumbroso, ese cariño relámpago, ese cariño cohete. Y cuando se deshaga en chispas y en luces sin haber llegado al cielo de la felicidad, te acordarás de mí, dócil como un piano, enamorado como un buen dragón.

-PLUS ULTRA-

Teatro Colón



MARIA BARRIENTOS
SOPRANO



EL MAESTRO MARINUZZI
DIRECTOR DE ORQUESTA



L. MURATORE
TENOR



ENRIQUE CARUSO
TENOR



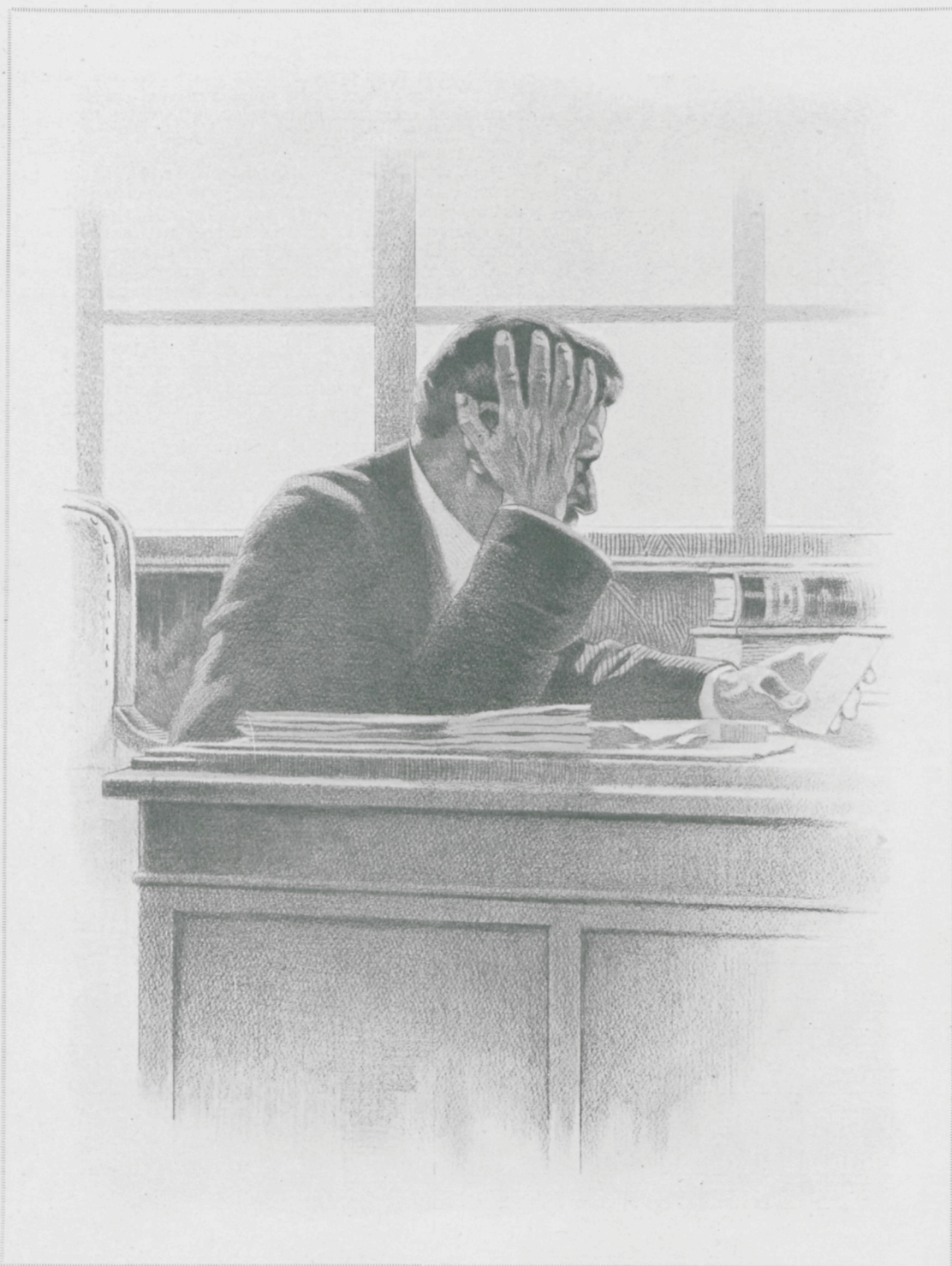
EUGENIO GIRALDONI
BARITONO



GILDA DELLA RIZZA
SOPRANO



Temporada 1917



EXTASIS

Tengo entre mis aficiones el amor a las cosas creadas por los que ya no existen. Una misteriosa corriente, que anula el tiempo, parece establecerse entre aquellos que fueron, llegando hasta mi espíritu que la recoge conmovido, como la luz de ciertas estrellas, que llega a nosotros años después de haber muerto el astro de donde partiera. Ondas invisibles que arrancan del misterio; radiaciones espirituales que hallan afinidades en las mías, y en comunión armoniosa se funden amorosamente.

Ahí, en la mesa, ante mi vista y al alcance de mi mano tengo una pequeña plancha de cobre con primoroso esmalte del siglo XIII, representando una escena de profundo misticismo. El autor fué un creyente, tal vez un religioso que puso todo el fervor místico de su alma ingenua en esta pequeña obra de una pureza absoluta. Un santo escuálido, momificado por el martirio, alarga sus brazos flacos, sin jugos, a un grupo de humildes que, semidesnudos, se postran a sus plantas en alivio de no sé qué penas ocultas. El anciano, de

sienes hundidas y barba amarillenta, eleva al cielo la augusta cabeza, y los ojos piadosos y tiernos orlados de sombras violáceas, clavan la mirada llena de amor y piedad en lo infinito. Las figuras, los paños, los árboles, el cielo, todo en suma, fué sentido y realizado con amor inefable, con incansable paciencia, como si para nada hubiera de contarse el tiempo.

Hay un amor mágico en todo; y en la idea profundamente religiosa, y la unción de iluminado del paciente artista una hermandad que me atrae y me maravilla. Las tintas relucientes por el esmalte luchan por dar fuerza y transparencia a las tonalidades opacas, y la luz que al quebrarse sobre la tersa superficie fija mi atención hacia ella, deja que mis ojos maravillados busquen nuevos encantos que siempre encuentran. Es como un libro abierto a mi alma cuyos capítulos no terminaran nunca. Reflejos de ópalo, con suavidades de auro-
ra, acarician la escena completando el encanto de la misteriosa visión. Todo es armonía.

En la pasiva contemplación, dormido el entendimiento, transcurre el tiempo; y cada vez me siento más ligado, más identificado con aquella dolorosa pintura que dejara un alma profundamente re-

ligiosa. Busco, seguro de no hallarla la génesis de este portentoso, y esta impotencia mía hace que perdure el encanto del enigma. Una extraña afinidad se ha establecido entre el creador de la maravilla, de ideas puras y simples, y mi espíritu complejo y atormentado. Voy lentamente despojándome de la realidad, y al entrar en el éxtasis, dormido el raciocinio, siento hundirme en la muda interrogación de otras edades que me envuelve en sus sombras, mientras tenue brisa de una música piadosa y lejana, salmos evangélicos, apagadas letanías de una liturgia que no he podido penetrar, llega hasta mí para envolverme con su gracia pura que se sostiene y se prolonga.

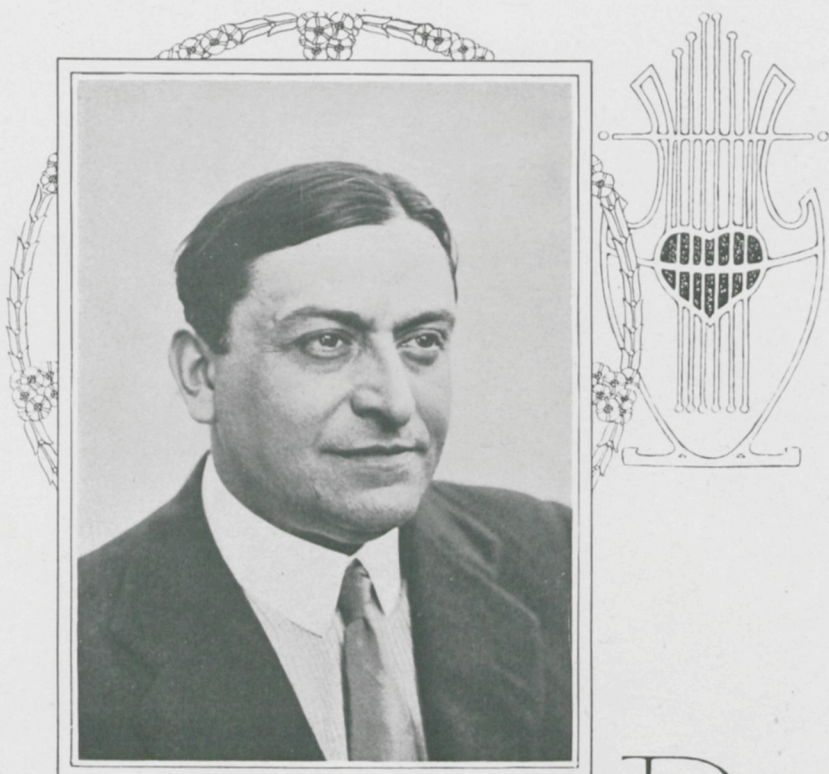
Y la imagen, en su eterno mutismo, adquiere formas vaporosas que se extienden esfumadas, imprecisas, como si los átomos de vida que existen en su esencia se animaran al desprenderse para diluirse en el Todo.

Lentamente cesa de peregrinar mi alma que se desliga del vago ensueño en dulce sopor, y al hallarme en posesión de mis sentidos, reintegrado a mi ser, entro de nuevo en la vida que se apresura a hacer dolorosa su presencia con las crudas realidades en la conciencia plena del tiempo, fuente inagotable de dolorosos errores.

Bueno. Todo esto, que es muy posible hayas leído con cierta emoción, es puro macaneo. Ni yo tengo esmalte, ni he sentido esas sensaciones, ni esos estados de alma de que te he hablado. Cambia, si quieres, la placa de esmalte por una humilde caja de fósforos y estarás más en lo cierto. En suma, te he ofrecido esa especie de cuento literario, que forma parte de la conocida familia de los cuentos del tío.

ANTONIO CAÑAMAQUE.





La presentación del popular cancionero parisiense M. Nilson Fisher, en el escenario aristocrático del Odeón, ha sido toda una revelación para los que no habían tenido oportunidad de visitar la *Ville Lumière*.

M. Fisher, ya conocido de nuestro gran mundo, por el famoso cabaret, de clientela real, aristocrática y plutocrática, que tiene establecido en París, así como por sus melodías que se han hecho populares en el mundo entero, tenía forzosamente que tener éxito entre nosotros, aquí donde la *grivoiserie* parisiense y el espíritu *gaulois* están tan arraigados.

Para aquellos que habían conocido a M. Fysher en su *boîte*, no fué ninguna sorpresa; sabían ya su valor artístico, y su buen gusto para interpretar sus creaciones; pero los que sólo le conocían a través de sus músicas, fueron realmente sorprendidos. Oír a un cantante sin voz, que a fuerza de gesticulación y expresión logra entusiasmar a un auditorio, no es cosa que se ve todos los días.

En su canción *Un peu d'amour*, ya conocida y gustada por todos aquellos de corazón sensible, así como en la dedicada a Buenos Aires, *Folie*, puso de manifiesto una alegría espiritual y un sentimiento que hizo que se escucharan con agrado y que se premiase su labor con ovaciones.

Puede asegurarse que el boulevard ha triunfado en la Atenas del Plata, y que las deliciosas melodías de M. Fysher seguirán siendo del agrado de nuestro gran mundo, pues al presentarse en el Odeón, se diría que más que a un artista se saludaba a un amigo.

Rêve d'un soir!

Letra y Música de A. Nilson Fysher

Très doux

CHANT. *Très doux*

PIANO

Au fond de tes grands yeux — Pro-fonds mysté-ri-eux — J'eus, cer-tain soir, Le fol es-

poir D'y ca-cher ma dé-tres-se Et ces grands yeux ré-veurs, — En se mouil-lant de pleurs — M'ont dit tout bas, — Ne

Très expressif rall *Avec passion*

l'ai-me pas! El-le bri-se-ra ton cœur. — 1^{er} Chuplet En un jour de fo-li-e Et pour un peu d'a-mour, — Oui, l'on gâ-che sa vi-e

2^e " Tu me tiens par tes char-mes Tu fais cou-ler mes pleurs — Pour-tant, vois-tu, les lar-mes

Très doux

Sans es-poir de re-tour! — Au fond de tes grands yeux — Pro-fonds mysté-ri-eux — J'eus, cer-tain soir, Le fol es-poir D'y ca-cher

C'est en-cor du bon-heur!

rallentir Très expressif

ma dé-tres-se Et ces grands yeux ré-veurs, — En se mouil-lant de pleurs — M'ont dit tout bas, — Ne l'ai-me pas! El-le bri-se-ra ton cœur. —



UNA ALDEA AL PIE DE LA SIERRA

ESTUDIO AL ÓLEO POR JUSTE

DE LA COLECCIÓN DE DON JUAN CANTER.





NOTA TRISTE

PASTEL FOR ALONSO.



LAS TRES GRACIAS

CAPÍTULO DE UNA NOVELA QUE,
CON EL MISMO TÍTULO,
APARECERÁ EN BREVE.
POR ANGEL DE
ESTRADA
(HIJO)



DECÍAN los embajadores acostumbrados a vivir en Roma, que jamás habían sentido en la ciudad semejante tumulto de armas. Julio II iba a terminar su agitada existencia: se esperaba su muerte en pocas horas. Indomable, como siempre, dudando de los médicos,

con los cuales había tenido célebres reyertas, se negaba a tomar pócimas y echó a todo el mundo de su cámara. Luego recibió el Viático, perdonó a Urbino, que había ganado su proceso, y levantó la excomunión de Bolonia.

Ya París de Gracis había recibido del Sacro Colegio instrucciones para el cónclave. Como los Orsini querían, en efecto, apoderarse de la ciudad y apoyar a Francia, el embajador español llamó a los Colonna. El gobernador y el barrachel se encerraron en el Sant'Angelo; los prelados se atrincheraron en sus viviendas; los grandes señores se adherieron a los diferentes partidos; Juan de Médicis se puso a trabajar por su elección, en contra del cardenal Fiesco, candidato galo. Y llegó la noticia de que el condottiere Durandoni, respondiendo a los Orsini, se había apoderado de Grotta Ferrata. El cardenal vicario, dió orden al capitán Montalbani de correrse hacia Túsculum. Neri olvidó su parcialidad con aquellos señores, y al frente de trescientos hombres recorrió la campiña romana; llevaba en el arnés, de dorado bronce, dos águilas que sostenían el sol de su pecho.

Por el paisaje, tétrico en pleno estío, brilló como el relámpago, cruzó como el viento. Rozó las ruinas de los acueductos romanos y de los torreones medievales; pasó por delante de los túmulos pensativos: tumbas de los cuerpos que con sombras, parecían dibujar también las tumbas de sus almas. Y en la desolación de aquel vasto cementerio de la vida, los espectros de la muerte, agitando los intangibles miasmas de las fiebres, palidecían al sol como lívidas antorchas. En la ceñuda tierra, a pesar del cielo límpido, se creía que anidaban los nublados de las tormentas; y las blancuras de las margaritas antojábanse mortajas olvidadas por los huéspedes de los sepulcros; y regueros de palpitante sangre los tapices de las purpúreas amapolas rizándose en las brisas del suelo trágico.

Llegó a la villa de los Aldobrandi, adictos al Papa y amigos suyos. Destacó un heraldo al Parlamento, intimando a Durandoni la inmediata rendición; y se quedó en la terraza pétrea que dominaba el frontis del palacio. Ni los triángulos trancos en torno del escudo de las cariatides; ni los mirtos en las ánforas; ni las constelaciones en las esferas del universo; ni los obeliscos, rígidos como cipreses que se tendían sobre las pendientes festoneadas de encinas; ni a lo lejos, la impresionante llanura que sin valla corría hasta los montes Sabinos dijeron a Neri que más allá del castillo, en los jardines, un corazón aceleraría su ritmo al saberlo en la terraza. El guerrero tiró por el valle del fondo, en la dirección de la fortaleza. Avizó las perspectivas, pero no pudo descubrir el templo. Los copajes de los pinos se amontonaban en las laderas. Las hojas minúsculas, entre los piñones, evocaban cabellos finos cercado ásperos cráneos; otras, argentadas y cubiertas de cenizas, se inclinaban en su duelo; muchas,

semejantes a un penacho triunfal, coronaban troncos esbeltos como mástiles; y todas, confundíndose, ondulaban hacia una línea de trigos de oro, y hacia un mar de espumas blancas. El mar celeste, contrastaba con la campiña obscura, nutrido por las sonrisas del cielo que huían de la tierra hosca. Y Montalbani pensó en donna Bice, pues no decía de combates, sino de amor, aquel líquido llano quizá surcado por las nereidas. Después, añadió él mismo que se equivocaba, que la silueta de la mujer no se armonizaba con el paisaje. En Roma, viviendo siempre bajo las luces artificiales de la noche, cual si fuese el recuerdo de un sol enterrado, estaba en su reino. Era la flor con veneno, la magnífica adelfa de una alcoba que más que a un jardín se parecía a una tumba... El jefe de armas del castillo volvió a Montalbani a la realidad: venía a comunicarle que dos valedores suyos conocían los últimos resquicios de Grotta Ferrata. Aceptó la proposición, aunque él también no ignorase la Abadía. Cuando Julio II la fortificó, había asistido a los trabajos. ¡Si, le esperaba la guerra en aquel paisaje de égloga! Neri sonrió a las sensaciones de amor esparcidas en los aires y escapadas de las cosas: el hálito de las Italías entre la fortaleza con cañones, y la llanura con fiebres, deseaba volverse canción como se volvía perfume sobre los árboles con resinas y las flores con incienso.

Revistiendo los visos de la exaltada fantasía del capitán, apareció un paje: su señora, la condesa Aldobrandi, le ofrecía la hospitalidad de sus jardines. Adelantó el guerrero, tal una estatua de Marte, que al dejar su plinto transmutase los mármoles de su coraza en chispas de dorado sol; y ante el templo de una fontana, lo inmovilizó un grupo de tres vírgenes. Envueltas en velos blancos, de pie, rodeaban el chitón talar purpúrescente, y el verde laurel ceñido, de un Dante que leía sentado: Montalbani, reconoció al poeta Guidarello. Trató de no respirar, para no interrumpir: las tres doncellas se antojaban la aurora, el mediodía y el crepúsculo de una primavera, arropándose en los tules de una misma nube de candor, en torno de la llama pensante. Y la voz musical recitaba una de las últimas canciones de la *Vita Nuova*:

Con gran piedad del corazón, mis ojos
Vertieron tantas lágrimas amargas
Que se quedaron para siempre exhaustos.
Hoy, si quiero expandir esos dolores
Que poco a poco me darán la muerte,
Con altas voces lamentarme debo.
Y no habiendo olvidado como amaba
Hablar con las mujeres exquisitas
De mi Dama viviente,
Tan sólo quiero dirigirme ahora
A los amables corazones vuestros.
Así, diré en seguida, que de golpe
Beatriz subió a los cielos y en la tierra
Dejó en sollozos al Amor conmigo...

Las muchachas se inclinaron para escuchar los ayes; las blancas vestiduras podían acrecer sus lágrimas evocando entre las rosas del Túsculum el lirio de Florencia.

Detrás, la fuente levantaba su visión de templo; un dios de belleza presidía cada gruta; las cariatides de sus arcos exhalaban hálitos de placidez; las sombras de sus bóvedas azules aclamaban a las vírgenes como a estrellas: mas las vírgenes, extáticas, sin moverse, oían las estrofas, y los versos encendidos hallaban ecos en las lumbres de sus ojos... El intruso, retuvo aún el aliento.

Brilló tan buena en la bondad del cielo,
Que el Señor la llamó, maravillado
De su alta perfección...

Montalbani se inmutó: las tres imágenes se le habían revelado bajo los vaporosos chitones; Fausta Savelli y su amiga Franca Grimani acompañaban a donna Marzia, la nieta de la condesa.

¿No iban a convertir las miradas a su bosque? La voz seguía cantante:

Yo renuevo la angustia del suspiro
Cuando el alma oprimida
Me vuelve al pensamiento
De la que así mi corazón desgarró.
Y a menudo soñando con la muerte,
Me entra un deseo lleno de dulzura
Que transforma el color de mi semblante.

También el día se transformaba a los ojos de Neri. Por un momento se le esfumaba la visión de donna Bice; por un instante olvidaba sus ansias de guerra. En aquellos sitios vestía la poesía de níveas túnicas; purificábase el pensar; el poema de la muerte se derramaba en ondas de vida, y los murmurios de sus serenos lamentos se fundían al estallido de los armoniosos raudales. Los templos, coronados por los escudos del castillo cual si los signos heráldicos de la tierra lo fuesen de poder en los cielos, levantábanse bajo un ábside que detenía un bosque. Los árboles invadían el firmamento, y una milagrosa columna rostral entre las copas, hería con sus aceros el peñón azul, que desgajaba el torrente de los chorros diáfanos. Del cielo mismo parecía saltar el agua; y encauzada en los arcanes de las laderas, cubría a un Polifemo con vibrante parábola; salpicaba helechos, ánforas, grutas; se escurría sonora, reanimaba la flauta de Pan, añadía espumas a las fauces de un Pegaso; y diciéndose: «soy hija de las alturas», convertía en rayos de cristal los rayos pétreos de una estrella. El astro se unía al concierto de los rumores: los dioses, las ánforas, las cavernas, gemían como una sola arpa trémula, y la voz del poeta despedía de sus propias notas, recordando la edad en que sus hermanas, las gozosas canciones, llevaban el contento al corazón de las doncellas... Donna Marzia dió un grito y la figura blanca corrió hacia el caballero dorado. Con sus



grandes ojos garzos, en su rostro varonil y fino, y su gárrido continente que la rígida cota no apesentaba, antojábase el capitán un príncipe de la fantasía de las vírgenes, tornando de la guerra de un romance de ensueño. Donna Fausta, pálida como su vestidura, saludó feliz al inesperado visitante; donna Franca, vivazmente saltó como un pájaro en torno de una estatua. Neri les comunicó que debiendo vigilar la campiña se reposaba unos momentos, y que buscaba en los jardines a la condesa. Las doncellas lo rodearon, lo detuvieron, y Guidarello dijo:

— Me encontráis transfigurado en Dante. Como los gentileshombres florentinos se iban con las damas al campo, a relatarse historias para olvidar las pestes, nosotros, en medio de las amenazas de muerte y guerra, recitamos versos, inventamos cuentos, aunque no nos inspire el estilo libre del Boccaccio. Quedaos aquí una tarde; bebed de las linfas diáfanas y hablad a las vírgenes que las custodian, de cómo se refleja el amor en vuestro pensamiento.

Montalbani meditó un instante:

— Un poeta español que vive en Roma, me ha referido lo que aprendió en un hostel de Grecia. Iba la Muerte a Esparta; Eros a Atenas, y sin buscarlo se encontraron en Corinto. La fealdad de la vieja señora hizo reír a Eros, y la vieja señora, con humor más feo que su rostro, se le echó encima. El ventero, separó a los combatientes, y buen filósofo, dictaminó de esta manera: *¿Cómo pueden reñir dos divinidades? En el mundo, todo es lucha; hasta el olivo de la Paz, produce el aceite con que se untan los gladiadores; pero vosotros no debéis lidiar, sois hermanos: los que aman aumentan la vida, cosecha de la muerte.* Reconciliados, se sentaron a la mesa, y Baco se les apareció venturoso. A la sombra de sus pámpanos, bebieron, tan alegremente, que al dormirse sonreían satisfechos, y la mesonera tuvo que sacarles sus armas. En el crepúsculo de la aurora se fué Eros y la mujer, equivocándose, le dió la Hoz; al resplandecer el día se fué la Muerte que se contentó con las Flechas... Desde ese memorable encuentro, cundió la confusión por la tierra, y sufrimos aún de la lucha, de la ebriedad y del sueño. El Amor mata a un joven de veinte años, la Muerte enamora a un viejo de setenta; así Eros mata por dar la vida, y la Parca da la vida al querer infundir la muerte...

El poeta de la llama purpúrea, inclinándose ante el guerrero de oro, murmuró a las doncellas de nieve:

— Rogad porque los dos viandantes, al llegar a nuestro castillo, se duerman escuchando nuestras fuentes. Les cambiaremos las armas, y en tanto, decid, donna Marzia: ¿Cómo deseáis que el Amor hiera a vuestro prometido?

— Anhelo que mi prometido — exclamó la virgen — se asemeje a un príncipe que aprisionaba un huerto de encantamiento. Sólo de vez en cuando lo visitaba su amada. Una tarde, el Genio del lugar le advirtió, compasivo: *«Ya no volverá la que era tu consue-lo, los ángeles le han separado el alma del cuerpo»*. El príncipe, llorando, señaló los árboles: *«Tomad esas flores, y cubridla con sus matices»*. *«El dolor te enloquece, repuso el Genio: ¿Ol-*

vidas que tu único alimento son los frutos de este huerto?» «No ignoro lo que pido, prorrumpió el amante, *cortadlas todas y tejedle un sudario; que mi sacrificio la hermoree; que mis manos la toquen desde lejos; no aceptaré frutos de flores que no sonrieron en sus ojos»*... Y el príncipe pereció de hambre en su jardín de encantamiento por acariciar a una muerta, que no podía ver en su sepulcro»...

Entonces suspiró donna Fausta: «He ahí la imagen del verdadero amor: en otros tiempos, en estos mismos parajes, hubo también un rey que adoraba a su esposa. Cubría al país un bosque rico en ruiseñores, en gusanos de seda, en encinas centenarias. La reina había sido su hada animadora: el aire, con los árboles, cantaba las inspiraciones de su hermosura. Y el rey prorrumpió, ante la reina muerta: *«Que jamás la alondra salude el alba en sus lumbres, ni el ruiseñor a la luna en sus sombras»*. Así lo condenó al fuego y el incendio devoró los árboles, calcinó los nidos; huyeron los pájaros y a la voz de las aguas sucedió el silencio de las tumbas. El rey, con aquellas cenizas de la alegre tierra de la princesa, enlutó su cabellera, vistió su cuerpo: el bosque destruido dejó libre el horizonte, antes oculto, y apareciendo el mar, infinito como el dolor, murmuró al hombre, en penitencia: *«Irás a encontrarla por donde el sol se ha hundido»*...

Reinó un instante de silencio; se oyeron más acentuados los fragores de las caídas de las espumas, y donna Franca dijo: «Enormes son, a no dudarlo, los milagros del amor; y deseo que se me ame como lo desean mis hermanas. Pero aspiro a mucho más: el pensamiento de Dios se transforma en flor y en espíritu celeste; de modo, que cada rosa palpable que vemos, nace bajo las alas de un ángel invisible. Así, ese amor que brota de su Amor, toma mil naturalezas para volver finalmente a la suya que es la universal de la vida. ¡Sólo el que ama, puede contemplar lo que el

amor oculta!... La Verónica oraba fervorosamente ante su pañuelo. Dos discípulos del Cristo la injuriaban, añadiendo que mentía, que no había allí tal rostro. Llegó un tercero que, avergonzado de su ceguera, se puso a llorar de amargura. La hija de Sión le secó sus lágrimas con el lienzo, y sus ojos atónitos miraron, entonces, resplandecer el seráfico semblante. ¡Oh, Dios de los amores, haz que mi amor humano, se transfigure por la virtud de mi adoración, en una imagen del amor divino!»

— Caballero de la armadura de sol, doncellas de los vestidos de luna — prorrumpió el poeta de la llama sangrienta — mis laureles los daré al que en amores místicos o profanos, sepa aprovechar el momento. La gran ley del amor consiste en que no se le ignore cuando cruza. ¿Queréis saber lo qué es la Ocasión?... Pediré a la condesa que estampe su estatua al lado del Polifemo: se erigirá como la del griego de Sicyone, y nos responderá como respondiera a Pausydipo... He aquí las fórmulas:

— Ocasión ¿por qué llevas alas en tus pies?

— Porque vuelo en el torbellino del viento.

— ¿Por qué cabellos en la frente?

— Para que quien me encuentre, me tome.

— ¿Por qué por la nuca eres calva?

— Para que no se me tome si he pasado»...

El guerrero y las vírgenes se disponían a replicar, cuando el poeta, acordándose de su oficio, agregó sarcásticamente:

— Maquiavelo ha imitado mal ese poema; y no sé que nos haya hecho conocer su cuna.

— Lo ha imitado con habilidad y gracia — dijo Neri — y mejor sería que dedicándose a las artes, en que es maestro, no fastidiase a nuestro Julio II.

El nombre del Pontífice rompió el encanto, trajo la inquietud: resonó en las terrazas aguda trompa; contestó en las llanuras el clangor de alerta; el capitán, despidiéndose, acudió por el claustro de los mirtos, y el círculo de laureles abrió a su guerrero paso la plenitud de la paz eglógica. Los chorros cristalinos de las rocas arrancaban a los helechos, transparentes murmurios. Desde los abismos azules del espacio, cascadas de luminoso verdor descendían hasta la gran gruta. Los cipreses erguidos, los sauces cadentes; las acacias parecidas a chozas, los pinos semejantes a sombrillas; los rosales esmaltados de rosas purpúreas junto a sarcófagos cubiertos de ornamentos grises; las urnas de terracota con cactus de fuego, los bustos de los emperadores con jazmines de nieve; la procesión de las diosas escalando la atmósfera solar; todo el jardín, placenteramente, en armonioso séquito de la luz, vivía un instante con el gesto de las estatuas, el matiz de las flores, el rumor de las albercas, y daba una forma a la felicidad, entre los cuchicheos de las aguas y los hálitos de los perfumes. El joven rompió el ilusionado hechizo de aquellas redes cautivantes: el heraldo le comunicó la urgencia de empezar el cerco. Sólo entonces, las vírgenes del decamerón, inmovilizadas ante la roja llama del poeta, como si fuesen los sueños blancos del oro del arnés, comprendieron que Neri, alejándose de las lumbres de Eros, marchaba a desafiar las sombras de la muerte!



ILUSTRACIÓN
Y DECORACIÓN



D. ALEJANDRO
SIRO/MCXXVII



SEÑORITA ANTONIA QUIÑONES DE LEÓN, GANADORA DE LA COPA DE DAMAS, CAMPEONA DE GOLF.



SEÑORITA DOLLY GREGORY, GANADORA DE VARIAS COPAS DE PLATA.



SEÑORA SOFÍA MOSS DE RODRÍGUEZ SARÁCHAGA, GANADORA DE LA COPA «ITUZAINGÓ».



SEÑORITA FLORENCIA ERHARDT DEL CAMPO, CAMPEONA DE TENNIS.



SEÑORA MAY NELSON DE O'FARRELL, CAMPEONA DE GOLF.



SEÑORITA DE HOPE, CAMPEONA DE GOLF.



SEÑORITA ANA LÍA OBARRIO, CAMPEONA DE TENNIS.



SEÑORITA SOFÍA CRANWELL, CAMPEONA DE GOLF.



SEÑORITA VALENTINA SÁENZ VALIENTE, CAMPEONA DE GOLF.



SEÑORITA MARÍA TERESA OBARRIO, GRAN JUGADORA DE TENNIS.

«Lever a six, diner a dix, souper a six, coucher a dix, font vivre l'homme dix fois dix!»

Esa sería la suprema sabiduría... refinada, sin embargo, en absoluto con las costumbres a que nos hemos aclimatado poco a poco, y a las que no hemos de renunciar tan fácilmente. La evolución de nuestro método de vida ha sido tan completa, que cuando refiero a mis sobrinas que los novios de mi tiempo hacían su visita — como se estilaba — después de comer, y que les esperábamos ya impacientes, a las siete y media de la tarde, protestan, asegurando que exagero, o que he perdido la memoria...

Debemos, sin embargo, a la vida moderna, una felicísima reacción: la de la actividad femenina... verdad es, que la afición a los deportes se inició muy tímidamente entre nosotros, porque las porteñas de mi tiempo eran sólo elegantes y ágiles amazonas...

Y parecen cruzar ante mis ojos, evocadas por el recuerdo, las gallardas siluetas de Agustina Paz, Margarita Cibils, de Ventura Muñoz, Enriqueta Videla Dorna, Josefa Atkins Hernández y tantas otras que dominaban con singular destreza los airosoos caballos chilenos que eran uno de los lujos de la época; más de una de aquellas nobles figuras, vestidas con los amplios y peligrosos pollerones impuestos por la moda de entonces, habría merecido ser immortalizada por el genio de un Velázquez...

Ha sido necesario que se incorporara a nuestro ambiente el elemento anglo-sajón, para que muchos años después, llegara a despertarse en la generación moderna la afición al lawn-tennis, y luego, el fanático entusiasmo por el golf...

Difícil parece ya que ningún novelista romántico, pueda describir a una heroína porteña, tendida perezosamente en su hamaca paraguaya, mientras con mirada soñadora, hojea las poesías de Acuña o de Musset... Amigos poetas: el misterioso, parlero y seductor abanico ha sido bien pronto suplantado por la raqueta, los palos y hasta el remo... ágiles y finas manecitas han probado cuanto energía encierra su exquisita delicadeza: el aire libre, la amplitud del horizonte, han hecho aspirar a nuestras lánguidas Tanageras ciertas veleidades de independencia, y la porteña de hoy en día, vive su vida in-

tensamente, sin ambicionar ya los etéreos y románticos atractivos que la hubieran consagrado, medio siglo atrás, como una personalidad irresistible: la moda la ha convertido en *sportswoman* infatigable, y si no ha llegado aún a la suprema sabiduría de levantarse con el sol, se ha habituado a desafiarse abiertamente, permitiéndole que vele con dorada quemadura, rostros juveniles y torneados brazos...

Indudablemente, los links de golf más interesantes, por su situación excepcional y el círculo de jugadores que allí se congregan, son los de Mar del Plata: costeano una de las playas más hermosas del mundo, desfilan, ante las espectadoras (cuya edad las autoriza a ser profanas e ignorar en absoluto los misteriosos términos de *medal play handicap*, *green*, *hoyos*, etc.) las numerosas parejas que salen para dar las vueltas reglamentarias, y que se reconocen aún a lo lejos, por los vivos colores que eligen las jugadoras, transformadas a la distancia, en luminosas manchas rojas, verdes o azules... en cambio, no suele ser tan artística la indumentaria de los caballeros, que al dar rienda suelta a su loca fantasía llegan a convertirse en lagartos gigantes, gracias a sus sacos multicolores: vaya y pase, cuando la silueta es esbelta o arrogante; pero convenimos en que no debieran adoptar extravagancias tales, muchos de los que se dedican al golf, esperando dejar algunos kilos en sus links...

Pero... ¿a qué detenernos en la nota ingrata, cuando tenemos tanto que admirar?

Se destaca entre el grupo de jugadoras, una esbelta silueta, cuyo saco azul, y tocado de igual color, se confunden con el radiante azul de la tarde serena y luminosa: el mismo



SEÑORA MARÍA ROSA FERNÁNDEZ GUERRICO DE VIVOT.

color irradia su clara mirada... es la mejor jugadora de la temporada, *campeona*, como se les designa, de los concursos para damas. Al ver jugar a la señorita Antonia Quiñones de León, hay que admirar en sus elegantes actitudes toda la precisión y energía de la inglesa, junto con el brio seductor de la española... La señora Nelson de O'Farrell, enérgica y decidida, como la joven señorita May Ballesty, han alcanzado también el honor de ser clasificadas *campeonas* de la temporada; luego, la bellísima Liby Mac Donald, Sofía Cranwell Madero, que en el ardor del juego desdeña cubrir su juvenil y encantadora cabecita, las señoritas de Sáenz Valiente y de Hope, la elegante señora Moss de Rodríguez Saráchaga, una de las más fervientes aficionadas al golf...

Pero no sólo este deporte reina en Mar del Plata: las canchas de tennis han sido poderoso atractivo para una legión de jóvenes parejas, que si no han llegado al fanatismo de realizar los anunciados partidos en tardes lluviosas, o en plena niebla, como sus colegas del golf, han dado interesante nota de vida y de color a las canchas del Club Mar del Plata. Las señoritas de Obarrio, entre las que se destacaba como perfecta jugadora la menor de ellas, Ana Lía, han sido para la temporada del año inapreciables elementos, siguiéndolas muy de cerca en su mérito de jugadora de primera fuerza, la señorita Ernestina Lanusse, Carmen Sastre, Ernestina Mendonça Paz, las señoritas de Arias y de Peralta Ramos, Ana María Podestá, Elisa Martínez Seeber, las señoritas de Gutiérrez de Etchepareborda, de Durañona y Dumas, completaban el interesante grupo de jugadoras a quienes no faltaron nunca dies-

prolongado ensueño, con las vibrantes risas de los jugadores de tennis, que llenan de alegría y movimiento las canchas del Rowing Club, y las de su viejo Hotel; los torneos se han sucedido casi sin interrupción, durante la temporada, ganándose artísticas copas y elegantes joyas; fué triunfadora en los *mixeel doble* la pareja formada por la señorita Florencia Erhardt del Campo, y don Dámaso del Campo; pero probaron también su gracia y destreza en distintas ocasiones las señoritas Alicia y Clemencia Lynch Frías, María Teresa Barrenechea, señoritas de Romero, de Moss, Haydée y Susana Egusquiza Fyña, Cecilete Lignieres, las señoritas de Friedrichs y de Schafer, Manuela de Elizalde, señorita de del Campo, Alicia y Elsa García Uriburu, Elvira Jacobé Elizalde, Susana Pearson, las señoritas de Massini Correas y de Madero Molina... toda una nueva generación de hermosas niñas que añade ya al encanto de su belleza la alegría de vivir que irradian sus ágiles y seductoras siluetas.

En las regatas organizadas con elementos femeninos, se ha podido admirar la elegante firmeza con que llenaba su cargo de timonel la señorita Carlota Wilmart...

La infatigable curiosidad de *duende*, capaz de sobrepujar a la más activa de nuestras *sportswoman*, me ha llevado también hasta la pintoresca playa de San Fernando, puesto que había oído mentar las proezas de algunas *nadadoras*... y allí me fué dado contemplar uno de los más interesantes espectáculos deportivos de estos últimos meses; flexibles, ágiles, con todo el aplomo y decisión de perfectas nadadoras, llenaban aquella playa con el encanto de su presencia y la gracia innata de sus movimientos, las jóvenes señoras Fernández Guerrico de Madero, y Fernández Guerrico de Vivot, Laura Meyrelles de Bullrich, Magdalena Martel de Cernadas, Capdevila de Quevedo, Wilmart de Rodríguez y Wilmart de Podestá, Madero de Pividal, y otras muchas que mis ojos de miope no supieron reconocer...

IMPRESIONES DE UNA EXCURSIONISTA

Miss Herminia Peralta de Dargie, directora y propietaria de un importante periódico que se publica en San Francisco de California, y que se halla entre nosotros desde hace algún tiempo, escribe desde Sierra de la Ventana, la interesante carta que a continuación publicamos:

Estoy en estas sierras desde hace varias semanas, y me encuentro en condiciones muy agradables; el hotel es delicioso y confortable, la gente que lo frecuenta distinguida y elegante, pero poca. Como usted me pide que le cuente mis impresiones, seré sincera y diré la verdad de lo que he visto y sentido durante mi permanencia en ésta.

El descubrimiento histórico de la sierra, más antiguo que los Andes (según me dicen), es interesante.

Por momentos la respiración de mi padre enronquecía. Su tez se manchaba con placas moradas; los ojos sin mirada parecían querer escaparse de sus órbitas. El criado viejo, consternado, lo abanicaba llorando.

Ante mi impotencia de no poder devolverle la vida que se le iba, me era imposible permanecer a su lado.

Por la ventana del saloncito, la luz desvanecida de la tarde presagiaba tristemente que todo ha de concluir.

En continuo sobresalto, mi ansiedad nerviosa me impulsaba, me arrastraba, me sacudía. Me sentía culpable, hasta criminal, porque no se me ocurría nada, nada, para vencer el mal que en algunas horas aniquilaba al enfermo. ¡Y mi tío no volvía con el médico que fuera a buscar al pueblo vecino! ¡Cómo se iba a disgustar el viejo doctor don Porfirio, cuando lo viera en ese estado!

¡Con tal que llegue a tiempo! ¡Con tal que esté ya de vuelta de sus interminables rondas campestres!... Y mis labios inconscientemente murmuraban oraciones olvidadas...

Recuerdo... que en aquel momento de angustias insufribles, momentos en los cuales nuestra sensibilidad extrema recoge impresiones indelebiles, recuerdo que al escurrir el camino oscurecido y encontrarme con los árboles de la chacra vecina, pensé en Eduardo Ros.

Fué el único amigo de mi infancia; nuestros campos lindaban y juntos crecimos y estudiamos, compartiendo la misma habitación cuando, en la capital, cursábamos nuestros estudios superiores en diferentes facultades. Él era ya médico y viajaba por Europa. Pero más que la distancia, nos había separado la vida; la vida cruel, fatal, implacable.

Un día descubrió el viejo Ros que, desde años atrás, mi padre tenía relaciones con su esposa. ¡Qué horror! ¡Qué días negros aquellos! A los dos nos escribieron que volviésemos en seguida. A la madre de Eduardo la echaron de la casa, fué repudiada y murió de pena. Mi padre fué retado a duelo por el marido ofendido; pero este desgraciado temblaba tanto de rabia y dolor, que no hizo blanco y recibió un balazo en la frente... No sé si Eduardo, huérfano, solo, sangrando en su corazón y en su honor, no sé si sufrió más que yo. No lo vi más...

El viejo criado interrumpió la meditación rápida que cruzaba mi pensamiento:

— ¡Se muere, señor!

Corrí hacia la cama de mi padre. Su lividez cadavérica me espantó; jadeaba con estertor agónico; se ahogaba. Traté de levantarle los brazos, abrí la ventana, intenté introducirle café entre los labios, y desesperado volví a correr hacia la puerta... ¡El médico! ¡Dios mío! ¿Por qué no venía?

Por fin oí rodar el sulky de mi tío y en seguida apareció él, preguntando angustiado si llegaba a tiempo.

— ¡Pase, doctor; entre pronto!

Me precipité para recibir a don Porfirio y

Los alrededores, las vertientes, que abundan en estos parajes, no ofrecen ninguna novedad, y son vulgares, comparadas con las maravillas naturales de la América del Norte. Había esperado ver una perpetua vegetación, más en el tiempo en que llegué aquí, por ser la época de las flores; pero me desilusioné al encontrar la aridez y la sequedad del desierto, en las montañas y valles de la comarca. El paisaje no ofrece atractivo alguno y creo que estas tierras serían propicias para instalar un gran frigorífico, que daría muy buenos dividendos!...

Ha habido partidos de lawn-tennis, golf y excursiones a caballo a las montañas de los alrededores. Tés en «Las Vertientes», la hospitalaria estancia de don Manuel Láinez y de su hijo Norberto, haciendo doña Elvira de la Riestra de Láinez los honores de dueña de casa, con su habitual gentileza.

Los señores Vicente Peralta Alvear (hijo), Alejandro Casares y otros, han sido huéspedes infatigables, organizando y efectuando

paseos deliciosos entre el elemento joven. Estos mismos señores donaron generosamente hermosas copas para premios deportivos. Para el tiro a la paloma había también premios, que se disputaban los aficionados en los concursos que han tenido lugar. El ambiente de familiaridad implantaba una camaradería general que era muy agradable.

He hecho con pena una notable observación: los niños de todas edades frecuentan el bar del hotel.

Me horrorizó la falta de reglamentación a ese respecto. En nuestra libre Norte América, la ley castiga al que vende bebidas alcohólicas a menores, en cualquier forma que sea, y éstos no tienen entrada ni aun al bar de un hotel. Era curioso ver a esos niños golpear las manos, llamando al mozo, retrasado en servirles el vermuth... He visto también niños menores de diez y seis años, y algunos de doce, pedir granadina y otros brebajes en el bar, a veces en compañía de sus padres. A mediodía el bar estaba completamente



EL JUSTICIERO

Por LUISA ISRAEL DE PORTELA

me quedé estupefacto. Era Eduardo Ros. Pálido, con la boca apretada y la mirada alta, pasó a mi lado sin verme y penetró en la habitación de mi padre.

Un tumulto de sensaciones contrarias me aturdió. No comprendía cómo estaba allí! Eduardo Ros, cuando tan lejos debía encontrarse en aquel instante! ¡Cómo franqueaba el umbral de nuestra casa cuando siempre huía de nosotros! Y sobre todo, ¿cómo podía traer vida, cuando tan sólo debiera anhelar sangre y muerte?

Fué entonces cuando se aproximó mi tío, compadeciéndose de mi turbación y me explicó cómo, no habiendo encontrado al viejo médico, ausente del pueblo, volvía lleno de aflicción y zozobra, cuando recordó haber oído, esa misma mañana, que el joven Ros, recién llegado de Europa, estaba precisamente en la chacra, adonde había ido con objeto de recoger algunos recuerdos de sus padres. Como el tiempo urgía, sin reflexionar ni calcular una negativa, fué a suplicarle que viniese a ver a su hermano que se moría.

— ¿Y no rehusó?

— Me siguió sin decir una palabra.

Poco a poco mis ojos se agrandaron y sentí erizarse el cabello. Un pensamiento siniestro me aterrorizó...

Eduardo Ros no había rehusado, porque Eduardo Ros quería vengar a su madre, porque quería vengar a su padre.

Instintivamente, por un impulso de protección, me abalancé hacia el lecho y me coloqué entre mi padre y Eduardo. Este acababa de ponerle una inyección al enfermo e inclinó sobre el botiquín que traía consigo, afanándose en preparar unos instrumentos. Vi relampaguear un bisturí.

Con los brazos cruzados en el pecho y la sangre que me batía las sienes, lo desafiaba con mi actitud. Yo era mucho más grande, más vigoroso... ¡Ten cuidado, Eduardo, que si mi padre muere!...

El, sereno, pálido siempre, parecía no recordar nada, no saber nada, no sentir nada.

— Es necesario, — dijo con voz tranquila dirigiéndose a mi tío, — es imprescindible

una transfusión de sangre. Naturalmente, el que se preste deberá ser joven, lo suficientemente fuerte para poder soportar la prueba.

Me estremecí. ¿Qué significaba aquello? Si, ya comprendía; a Eduardo Ros no le bastaba la vida de mi padre para saciar su justa venganza ¡quería también la mía!

— Siento ser tan viejo, — contestó mi tío, apenado, pues tenía por mi padre un entrañable afecto, — pero creo que Matías es el indicado...

En ese instante volvió por primera vez hacia mí. Presa de una emoción violentísima, busqué en vano su mirada. Me examinó cuidadosamente, frío, desconocido, lejano.

¡Imposible! Aquel hombre no era mi amigo, el íntimo, el único, el inseparable hermano de las horas de lágrimas y risas... el que ansiaba volver a ver con todas las fuerzas de mi ser, presintiendo que los odios se fundirían al cruzarse nuestros ojos... ¡No! Más distante aún, que a través del mar inmenso, por voluntad inquebrantable, el universo entero, nos separaba a los dos.

Entretanto desarrollábanse rápidamente los preparativos de la operación.

Mi padre, algo más tranquilo por el estimulante, dejaba caer pesadamente su brazo entre las manos de mi tío que lo sostenía.

Llegó mi turno; prolijamente Eduardo se ocupó de mí.

Mi brazo desnudo no temblaba, pero mis pupilas extraviadas espiaban desesperadamente un indicio que me revelase el pensamiento de aquel hombre sin fibra.

Mi tío no dudaba, tenía completa fe en la ciencia del médico y en la fama que lo había precedido. Anhelaba la salvación de su hermano y ni un segundo acudió a su mente la idea de que otros pudieran no desearla.

Yo no dudaba tampoco; tenía la seguridad de que dentro de un instante nuestras venas estarían abiertas, que mi padre y yo nos desvaneceríamos por la sangre vertida y que en un síncope pasaríamos de la vida a la muerte! Y yo ¡imposible! presenciaria, ¡qué digo! ayudaría al asesinato de mi padre, a mi propio asesinato! ¡Jamás soñé lucha más

lleno de hombres, que naturalmente iban allí a beber, a fumar y hablar con entera libertad; y entre ellos se movían lindos niños y las jovencitas, buscando asiento y ordenando bebidas, su copa del medio día... ¡Esto es increíble!

¿No le agradan mis impresiones? No sé; pero creo cumplir con un deber censurando estos actos de la juventud, levantando un poco la cortina.

Las fiestas de carnaval se sucedieron sin tregua, resultando estúpidas y fatigosas con sus bailes hasta las dos de la mañana. El baile preferido todas las noches era el tango. Compensaba este espectáculo un tanto aburrido, la orquesta, que era espléndida.

Tendría muchas otras cosas que comentar; pero las dejaremos para otra oportunidad, pues temo resultar pesada.

HERMINIA PERALTA DE DARGIE.

terrible... ¡El corazón me latía en la garganta y mi frente transpiraba.

Quise gritarle que era un asesino; quise gritar que lo echaran; quise de un golpe en medio del pecho hacerlo saltar por la ventana... No pude... No había otro médico en el pueblo. ¡No había médico! ¿Y si fuera cierto? ¿Si mi padre precisara sangre? ¿Si mi padre se moría? ¡Entonces hubiera sido yo su asesino!...

No creo que nadie haya vivido un momento más angustioso. El dilema era atroz.

Sin el menor estremecimiento en sus dedos fríos, Eduardo Ros me tomó el brazo, y comenzó...

Todo pasó... no sé cómo. Por lo pronto yo vivía aún, sentado a los pies del lecho de mi padre, con el puño correctamente envuelto en vendas.

El médico, inclinado sobre el enfermo, contaba sus pulsaciones y lo miraba.

Acaso, en aquellos labios todavía bellos, que habían seducido y deshonrado a su madre, acaso acechaba el postrer suspiro. Yo le devoraba con mis ojos. Afuera, la noche ya profunda dejaba penetrar por la ventana entreabierta un olor húmedo a tierra y hojas; y sólo se oía el chirrido candelencioso del molino cuando alzaba el agua.

Al cabo de largo rato mi padre se movió. Entonces Eduardo se levantó y, siempre dirigiéndose a mi tío, dijo sencillamente aunque con la voz en extremo velada:

— No hay nada que temer por ahora. Está fuera de peligro.

— Gracias... — repetía mi tío conmovido.

Yo sentí una conmoción intensa; me puse también de pie y al oír las palabras de Eduardo, mis lágrimas brotaron y corrieron por mi rostro. ¡Aquél era un fantasma! No era él, no podía ser.

En ese instante mi padre, balbuceando «Matías...» trató de mirar en derredor.

Maquinalmente Eduardo retrocedió un paso para ocultarse detrás de las cortinas de la cama, y luego agachándose sobre la caja de instrumentos la cerró serenamente, tomó su sombrero y salió de la habitación.

Ese movimiento de temor fué el único rasgo que lo ligó brevemente al pasado. Qui-so evitar al verdugo la emoción de la presencia de la víctima. Corrí tras él:

— ¡Eduardo!

Los sollozos me batían las mandíbulas y mis manos temblorosas lo alcanzaron.

— ¡Perdóname, dudé de ti! Tú lo has salvado... ¿has hecho eso? ¡Mi amigo! ¡Mi hermano! Me apartó con fuerza inaudita, resuelto, huraño:

— He cumplido con mi deber. Yo a usted, señor, no le conozco.

Y a la luz del farol del vestíbulo, contemplé, azorado, surcos profundos en sus mejillas. Había envejecido en aquellas horas, y comprendí que si mi lucha fué extrema, mucho mayor fué la de aquel hombre.



INQUIETUDES SENTIMENTALES

(DEL LIBRO QUE ACABA DE APARECER)

No tienes, alma, jardín.

He pasado pálida de sufrimientos por entre tus flores, y ellas no tuvieron para mí una lágrima. Continuaron erguidas, llenas de sol, flirteando con el aire; y las palmeras, en su actitud hierática, siguieron batiéndose como brazos lánguidos en momentos de amor.

El césped, donde rodaron mis desesperaciones, no perdió su calma de terciopelo.

No tienes, alma, jardín. Me has visto desmayar de dolor y tus pájaros entonaron el más alegre de sus gorjeos y unieron sus piquitos embriagados de pasión.

No tienes, alma, jardín...

Amar quisiera y en un supremo esfuerzo atravesar los espacios infinitos.

¡Amar y morir de amor!

Sufrir y doblarme hasta tocar la tierra, como el gajo quebrado de un árbol.

Vivir quisiera, y en ansia de poseerlo todo... morir quisiera.

Llueve...

Las gotas de agua cantan en las canaletas del cinc.

La luz de mi lámpara se ha hecho más íntima: los retratos miran con aire confidencial y el ron-ron del gato tiene suavidades de violín con sordina.

Mi corazón espera. Le tengo engañado haciéndole creer que esta noche vendrá un ser querido.

¡Pobre corazón que aguarda ilusiónado! ¿Acaso no es la vida un eterno esperar de algo que nunca llega?...

Llueve...

Hay en mi alcoba perfume de flores marchitas, olor a recuerdo, tristezas de amoresidos.

Mi corazón espera...

Llueve...



Inta.
Josefina
Udaondo



Primer premio del
concurso de belleza
celebrado en Mar del Plata

Fot. de Wilcomb



ARTE FOTOGRÁFICO

INTERIOR PINTORESCO DE
UNA CASA DEL PASEO COLÓN



AGENCIA
JOHNSON.

Desde las llanuras de
la Pampa hasta las
nevadas Cordilleras...

...por todas partes circulan hoy en el campo argentino los automóviles "Studebaker".

La razón de su preferencia es evidente: en primer término su mucha solidez a prueba de malos caminos... luego su gran poder que les permite llegar a todas partes.

Son económicos, de larga duración y fácil manejo. Su precio es moderado y en cambio su calidad y condiciones generales para el campo nunca pudieron igualarlas los coches de mayor precio. Visítenos para comprender mejor "porqué" se ha hecho famoso.

Studebaker

"El coche que hace falta en su estancia"

D. B. RICHARDSON, Representante.

AVENIDA DE MAYO, 1235 - Buenos Aires

THE STUDEBAKER CORPORATION OF AMERICA

ARGA



La última novedad
en lamparitas—

Es el nombre de
las lamparitas **PHILIPS** MEDIO WATT
de 50 y de 100 bujías para iluminación de casas de familia.

FABRICANTES: PHILIPS Ltd., EINDHOVEN (HOLANDA).
UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA Y MARZONI, BUENOS AIRES.



ÓLEO DE ALONSO

PLV
VLTRO